Andrés Rivera

El Farmer

Que en mi epitafio se lea:
Aquí yace Juan Manuel de Rosas,
un argentino que nunca dudó.

No fumo. No tomo vino ni licor alguno. Ni rapé. No asisto a comidas. No visito a nadie. No recibo visitas: lord Palmerston me visitó siete veces en doce años.

No voy al teatro. No paseo.

Mi ropa es la de un hombre común.

En mis manos y en mi cara se lee, como en un libro abierto, cuál es mi trabajo durante los treinta santos días del mes.

Uso botas.

Mi comida es un pedazo de carne asada. Y mate.

No tengo mujer.

No ando de putas.

Soy un campesino que escribe diez cartas diarias.

Soy un campesino que escribe un Diccionario.

El general Bartolomé Mitre, que pretendió traducir, me dicen, a un poeta blasfemo, declaró que yo fui el representante de los grandes hacendados y jefe militar de los campesinos.

¿Dónde vio campesinos, el general Mitre, en el país que supo darnos España?

Aquí, sí, soy un campesino que toma mate, sentado junto al brasero, que tiene frío, el campesino, sentado junto al brasero.

Soy un campesino, aquí, en el condado de Swanthling, reino de la Gran Bretaña, a dos leguas escasas de Southampton, y a muchas más leguas de las que uno puede imaginar de mis pagos de Monte, la tierra de mis padres, y de los padres de mis padres.

Y si pronuncio mi nombre por estos campos de la desgracia, ¿quién sabrá decir:

ahí va un hombre cuyo poder fue *más absoluto que el del autócrata ruso, y que el de cualquier gobernante en la tierra?*

Soy Juan Manuel de Rosas.

Soy un campesino viejo, que no ha terminado de encanecer. Y que, sentado junto a un brasero, tiene frío. Y toma mate.

Soy, también, un hombre viejo que, sentado junto a un brasero, mira nevar en sus escasas tierras, aquí, en el condado de Swanthling. Y piensa en la muerte.

Nieva en el reino de la Gran Bretaña. Nieva en Escocia. Y en Gales, y en Sussex. Nieva en Irlanda del Norte.

Nieva sobre los muros de París, injuriados por los incendios que levantaron los tullidos y las putas vociferantes de la Comuna.

Nieva en Europa, de los Urales a los Alpes, de Estocolmo a Sicilia.

Nieva en mi corazón.

Descendí a mi cabina que era la del comandante… Me acosté pronto, pero tardé en conciliar el sueño. Llegué con el recuerdo a todas las cosas y todo estaba sin vida y sin calor.

Miro mi cara en el espejo.

Me afeito cada ocho días, bajo este cielo que no es mío.

La navaja corre por mis mejillas: buen filo el de mi navaja.

Mi pulso es, todavía, de hierro.

¿Por qué hay lágrimas en mis ojos?

¿Por qué tiemblan mis labios?

Manuelita me afeitaba, hasta esa medianoche de 1852, los siete días de la semana, sin faltar uno, cuando el reloj daba las 5:30 de la mañana.

Yo no necesitaba espejos.

Yo, que fui el guardián del sueño de los otros.

Yo, de quien la mejor pluma argentina de este siglo, escribió:

Hace el mal sin pasión.

El señor Domingo Faustino Sarmiento escribió, además:

En obsequio a la verdad histórica, nunca hubo gobierno más popular, más deseado ni más bien sostenido por la opinión, y su plebiscito fue la imagen de su triunfo más amplio. ¿Sería

acaso que los disidentes no votaron ? Nada de eso: no se tiene aún noticia que ciudadano alguno no fuese a votar; los enfermos se levantaron de la cama para ir a dar su asentimiento.

Al señor Sarmiento le falta agregar que el plebiscito se realizó los días *26,* 27 y 28 de marzo de 1835 y, por 9.320 votos contra 8, la ciudad y la provincia de Buenos Aires me otorgaron facultades extraordinarias para gobernar.

El *Mal*, en mi boca y por mi brazo, fue orden y justicia. Lo digo aquí, en tierra extranjera, para quienquiera escucharme, Dios incluido.

El señor Domingo Faustino Sarmiento, que escribió acerca de ese unánime pronunciamiento, no le puso fecha a lo que escribió.

La verdad no vive en el calendario. El señor Domingo Faustino Sarmiento fue, a veces, la mejor cabeza argentina de este siglo.

Y, ahora, yo, gobernador-propietario de la provincia más extensa y rica de América, de la América española, estoy aquí, en el condado de Swanthling, reino de la Gran Bretaña, afeitado y acurrucado junto a un brasero de hierro inglés, un desconocido para-quienquiera que escuche, menos para la Historia. Y menos para mí.

¿Cómo es Buenos Aires, mi general?

Lluviosa como un recuerdo.

¿Qué esperaban que contestara el general Juan Manuel de Rosas, aquí, bajo un cielo que no es el suyo, dueño de una granja de apenas 37 hectáreas, de un rancho que sus vecinos no envidian ni codician, y de 250 pollos y gallinas y conejos, y una docena de cerdos, dos caballos y dos vacas, un toro y una perra joven y en celo?

Ordeñé, bajo este cielo que me será siempre ajeno, las dos vacas, y dejé que sus ubres me calentaran las manos, y dejé mis manos en sus ubres, y dejé que mis manos subieran y bajaran por esa carne caliente y poderosa hasta que mis manos se entibiaron.

Y con mis manos aún tibias les di de comer, y di de comer a los caballos, y les acaricié el cuello, y di de comer a los pollos, las gallinas, los cerdos y los conejos y, cuando terminé de darles de comer, tenía entumecidos los dedos de las manos. Salí a la nieve, y el cielo y el mundo estaban en silencio, oscuros, y sólo había luz en mi rancho, y yo me desabroché la bragueta, y oriné sobre la nieve. Un meo largo y dorado. Fuerte el meo. Casi como el de un caballo. Y vi, en la oscuridad, sobre la nieve, el arco que dibujó la orina caliente. Y me gustó ver cómo humeaba la orina en el arco dorado que dibujó en la nieve.

Quedaron dos o tres gotas de orina en la bragueta. Y otras se me fueron piernas abajo. (A veces, cuando dejo que la perra se me acerque, la perra estira el hocico y me huele la bragueta. Y su nariz se dilata. Y le asoma, entre los dientes, la punta rosada de la lengua. La perra, con el hocico en mi bragueta, gime. Me gusta que gima. La perra sabe que huele el húmedo rastro de la orina de un macho.)

Me abroché la bragueta, y volví al rancho porque se me congelaban los pies dentro de las botas.

Nieva en el reino de la Gran Bretaña. Nieva desde el mar del Norte hasta el océano Atlántico.

Y yo, hoy, 27 de diciembre de 1871, me senté, con mis 78 años, cerca del brasero, y removí los carbones encendidos del brasero, y pregunté a ningún espejo: ¿Sabe alguien qué es el destierro? ¿Sabe alguien cuántos son veinte años de destierro?

Y ese tal Shakespeare, de quien lord Palmerston me dijo que perpetuó la lengua inglesa para toda una eternidad, ¿cuánto sabe del Bien y del Mal?

¿Cuánto sabe el señor Sarmiento del Bien y del Mal?

Me caliento, sentado junto al brasero. Tomo mate. Espumoso, el mate.

El de mi navaja es un filo que no lastima. Es como el aire de los bosques de Palermo, en invierno. O como el silencio de las calles de Buenos Aires, que yo, guardián del sueño de los otros, recorrí, algunas noches, al paso de mi caballo.

Hay un silencio argentino de las madrugadas.

Y hay un silencio inglés.

Y hay que Manuelita dijo, en alguna hora de contrición y desventura, que no conocería otro hombre como yo. Ni siquiera su marido, que fue paciente, y esperó que la caballería entrerriana del loco y salvaje Urquiza despedazara a mis ejércitos en los campos de Caseros, y yo y Manuelita tuviéramos que refugiarnos en Inglaterra, para montarla a Manuelita, rencoroso e impúdico, noche tras noche, como se monta a una vaca.

Lord Palmerston me dijo, una tarde, en su última visita, que ese tal Shakespeare se inspiró en mí para su *King Lear.* Así dijo: *King Lear.* Y rió. Y dijo que me reconoció en el tiempo. Que me reconoció en el tiempo: eso dijo. Y la tarde era de otoño. Y el sol se retiraba, débil, de mis campos. Y lord Palmerston y yo tomamos té.

Lord Palmerston me dijo que el rey Lear tenía tres hijas, y que yo tenía una, Manuelita, y, quizá, demasiados hermanos. Dijo que el rey Lear no tuvo hermanos. Shakespeare, dijo lord Palmerston, no creyó necesario que el rey Lear tuviera hermanos.

Y lord Palmerston dijo que el rey Lear interrogó a sus hijas, *cuál de vosotras, decimos, nos ama más.* Usted, general Rosas, mi buen amigo, dijo lord Palmerston, es un hombre de suerte: no se formulará, jamás, esa pregunta abominable.

La leña inglesa es cara.

Compro carbón.

Los mineros no son hijos de Dios.

Los mineros espantan a las gentes honradas de los paseos domingueros gritándoles: *Go to church!*

Los mineros son los más furiosos y demenciales adversarios de la propiedad privada.

Corten las cabezas de los cabecillas de las huelgas en las minas de carbón, escribí a *The Times,* y clávenlas en las plazas de sus inmundos poblados.

Inglaterra es un país civilizado, como el mío, escribí, y lleva adelante rigurosos actos de orden en sus colonias africanas y asiáticas. La ordenada explotación de esas colonias beneficia a todos los ingleses: a los pobres y a los ricos.

Las minas de carbón (y aun los poblados mineros) son las colonias de la clase pudiente de la Inglaterra insular. Y los beneficios que arroja el trabajo en las minas se distribuyen menos dispendiosamente: eso es comprensible. Pero el orden es uno.

No aguanto el olor a carbón.

Necesito tres mil kilos de leña para soportar el invierno inglés. O más.

Escribir urgente a Buenos Aires.

Viejas barraganas: ustedes me evocan, febriles, codiciosas, crueles, en sus noches de soltería y desamparo. Yo, evocado —yo, el mejor jinete de la provincia, el hombre que mastica un pasto y puede decir, sin equivocarse, quién es el dueño del campo donde crece ese pasto—, les humedezco las bombachas. Paguen por eso, viejas pecadoras. Manden mil libras al año, que no aguanto el olor a carbón.

Los familiares y descendientes del general José María Paz; del Dr. Francisco Narciso Laprida; del coronel Genaro Berón de Astrada; los descendientes del coronel Ambrosio Crámer, muerto en combate; los familiares del general Juan Lavalle; los familiares del teniente Mariano Machado, ejecutado en Buenos Aires; los descendientes del general Manuel Belgrano; los descendientes del guerrero de la Independencia y gobernador de Córdoba, Faustino de Allende; los descendientes de Gregorio Vidal, ejecutado en San Vicente, en noviembre de 1838; los descendientes del comandante Jacinto Machado, ejecutado en Dolores el 22 de marzo de 1840; los descendientes de Domingo Lastra y de su hijo, Domingo Fermín Lastra, ejecutados en Chascomús; los descendientes del mártir de Metan, Don Marco Avellaneda, invitan a la misa que tendrá lugar en la Basílica de la Merced, el 31 de octubre de 1871, a 32 años de la gesta de *Los Libres del Sur.*

Cuídate de la noche
Cuídate del día
La vejez es inevitable
La muerte, también.

Sus palabras no son jamás categóricas. Son difusas, cargadas de digresiones y frases incidentales.

El caballero que escribió esa torpeza, un francés a quien abrí mi casa y mi mesa, en Palermo, ignora que soy un novelista moderno.

El señor Sarmiento y yo somos los dos mejores novelistas modernos de este tiempo. El y yo somos dueños de los mismos silencios. De las mismas ambigüedades, de las mismas certezas.

El señor Sarmiento publica. Yo, no.

Eso —qué somos, para la narrativa, el señor Sarmiento y yo — lo han adivinado quienes llegan hasta el condado de Swanthling y golpean mí puerta. Yo desperdicio lo mejor de mi escritura en esos estupefactos doctorcitos que golpean mi puerta.

Llegan en verano y en invierno, y se sientan ahí, asombrados de que yo esté vivo, de que yo les hable. Y yo les hablo.

Soy un caballero español. Y ellos están sentados ahí, esmirriados los doctorcitos, y tiemblan, y palidecen cuando me levanto ante ellos.

Yo les cebo mate. Y la perra les huele los botines.

Soy El Santo Padre, y ellos, los doctorcitos, sentados ahí, recogen cada una de mis palabras como si mis palabras fuesen pepitas de oro.

Después, guardan sus anotaciones, sus letras veloces, arduas, y yo los miro partir, esmirriados, sudorosos, pobres hombrecitos que nunca montaron a caballo, que nunca galoparon de cara al viento, que nunca crecieron en un mundo interminable como sólo Dios pudo concebirlo, leguas y leguas de tierras tan anchas como el horizonte, y un cielo tan ancho como el horizonte, y una luz tan pura como los mantos de la Virgen. Y uno, a caballo, que grita como si recién hubiera nacido.

Pobres hombrecitos: nunca sabrán de eso. Nunca encontrarán la palabra para escribir eso.

Los miro partir: una reverencia para el general, otra reverencia para El Restaurador de las Leyes, otra reverencia para El Santo Padre, otra para el recuerdo.

Y les pasa que trastabillan —porque hay que doblarse ante El Santo Padre, porque hay que reverenciar el recuerdo—, y se van de culo al suelo. Y yo, cuando se van de culo al suelo, y me miran espantados, desde el suelo, les digo, *levántese, hombre.* Y digo eso, y miro el espanto en sus caras, y no hago más que revelarles el secreto de la novela moderna.

¿Soy el nombre de la Historia que se mira a ningún espejo, y habla con ningún espejo?

¿Soy el nombre de un hombre viejo que, a la luz de unas velas, llora frente a ningún espejo?

Nieva en el condado de Swanthling. Y hay sol y verano, pese a mí, en el partido de Monte, provincia de Buenos Aires, a veinte mil leguas de pampa, y mar, y viento, y noches del puerto de Southampton.

¿Qué hizo el señor Sarmiento en el destierro?

Escribió *Facundo* para no morir. Y se acostó con mujeres silenciosas, en puertos de niebla y sal, para olvidar que era argentino.

¿Que hace, hoy, el señor Sarmiento? Levanta escuelas y supone que iguala a los hijos de los pobres y a los hijos de los ricos con el guardapolvo blanco.

El señor Sarmiento cree que hace El Bien. Y cree que lo hace con el fervor de un jovencito enamorado.

Los extravíos del señor Sarmiento son frecuentes y, a veces, aborrecibles.

¿Que hago yo —escritor, novelista, jefe militar, campesino —, solo y pobre en tierra extranjera, afligido por el desagradecimiento y el desdén de aquellos que favorecí, y de un país al que conduje a la gloria como nadie antes en su historia?

Envejezco.

Consigna del general Rosas a la población:

Lo que no se ve está fuera de la ley.

Me embarqué, la noche del 3 de febrero de 1852, en el *Centaur,* con 745 onzas de oro y 200 pesos fuertes, y algunas otras pocas monedas: en verdad, algo más de 2 mil libras esterlinas, que protegí, atento y en calma, del manotazo de algún gaucho ventajero. Yo soy Rosas, sí, pero no hay como la tentación que despierta el oro para borrar el respeto.

Hacía calor en la ciudad, a la que llegué, solo, montado en mi yegua *Victoria,* y las ventanas y las puertas de la ciudad estaban cerradas, como si un viento de peste silbara por las calles de la ciudad, y había un silencio como no conocí otro en esas calles de Buenos Aires, vacías e invadidas por el sol del verano.

Era mucho el calor, y bochornoso, y sé que me miraban, que miraban el paso corto de *Victoria* por las calles silenciosas y vacías de Buenos Aires, y miraban el espectro lívido de la derrota en los campos de Caseros montado sobre mí, sobre mis hombros y sobre las ancas de *Victoria,* mi yegua.

Hombres y mujeres —yo lo adivinaba— parados detrás de las ventanas y persianas de sus casas, y las negras esclavas sirviéndoles vino frío a los señores, y agua fría de los jagüeles a las señoras, y las señoras abanicándose las tetas, guachas, desvergonzadas, y los señores temiendo que mis hombres, los derrotados, y los de Urquiza, los entrerrianos de la caballería de Urquiza, federales todos, pobres todos, les entren a romper cristales y jarrones, y tajear alfombras y sábanas, y se les rían en

la cara a los buenos padres de familia, y no escuchen las súplicas de sus hijas, y mis hombres y los entrerrianos de Urquiza les digan, locos y hambrientos y encanecidos todos, que se desnuden los señores y las señoras y las hijas y las negras esclavas.

Y yo voy en la yegua *Victoria,* al paso voy, camino de la embajada británica, donde me espera el inglés Gore, y miro las casas cerradas de Buenos Aires, el viento de la peste que silba en las calles de Buenos Aires, y el sol que cae, como plomo derretido, sobre los techos de las casas de Buenos Aires, y miro a los ciudadanos de Buenos Aires, protegidos por ventanas y persianas y puertas de madera gruesa y trancas de hierro —que gritaron *Viva Rosas,* durante veinte años, más alto que sus vecinos; que rezaron, durante veinte años, por la salud de Rosas, guardián de sus sueños, y la de su hija Manuelita; y por la memoria de la esposa de Rosas, Doña Encarnación Ezcurra, los días y las noches dispuestos por Rosas para la oración—, y que, ahora, esperan, protegidos por trancas y puertas de madera gruesa, que suene la cívica hora de gritar *Viva Urquiza,* y que Urquiza los salve del saqueo de los pobres todos, y Urquiza lo hará, porque a mi lado aprendió que se puede violar a las mujeres —salvo las blancas y ricas—, pero no la propiedad de los que importan.

Urquiza, que aprendió a ser estanciero a mi lado, en una carta que puso lágrimas en mis ojos, aquí, en tierras de otros, y que dirigió a *Your Excelency,* general Rosas, promete a *Your Excelency,* general Rosas, la devolución de su rango, de sus bienes, de la patria.

Miré, digo, como nunca miré, la cobardía de los porteños. No la vi, ni siquiera el 6 de diciembre de 1829, cuando fui

electo, por primera vez, gobernador de Buenos Aires, para ejercer *el mal sin pasión.*

Demoré una vida en reconocer la más simple y pura de las verdades patrióticas: quien gobierne podrá contar, siempre, con la cobardía incondicional de los argentinos.

Subí, esa noche, al *Centaur,* disfrazado de marino, y Manuelita de muchachito, y mi hijo de nada. Subimos al *Centaur,* protegidos por seis bayonetas inglesas, pero yo no cargaba más arma que mi nombre.

Le regalé a Gore mi yegua *Victoria,* y le agradecí su hospitalidad, las buenas comidas y la buena cama que me brindó, y le dije que, en su casa, me sentí como en la mía.

Él, que era un caballero, dijo que, en tanto encargado de negocios británicos en Buenos Aires, era un funcionario de Su Majestad, que ésa no era su casa sino la de Su Majestad, y que él cumplía, con íntima satisfacción, las órdenes de Su Majestad.

Gore, creo, pretendió consolarme. Dijo, cuando nos despedimos:

Piense, señor, que nadie es indispensable.

Los ingleses también se equivocan.

Digo esto, calmo, sereno, en una mañana británica, yo, que recuerdo los tiempos en que el poder de mi brazo imponía paz a las tierras que fueron colonias españolas del Río de la Plata, y que fueron, más luego, las provincias de la Confederación Argentina, y que hoy, por designio de la justicia divina, se

encaminan a su disolución o a ser una relegada heredad del Imperio del Brasil.

Digo que los viejos lloran. Dios, bendito sea su nombre, me premió con el consuelo del llanto. Y el llanto, en mí, es una larga y melancólica despedida a la energía de la edad viril.

Aquí está Rosas, en una gris mañana inglesa, acurrucado junto a un brasero hasta que se le caliente la sangre, hasta que llegue la luz del día, hasta que Rosas tire un pedazo de carne a la parrilla del brasero.

Aquí estoy yo, letra de coplas y de nostalgias y de impotencia en boca del pobrerío, al que mis hermanos y mis generales, hombres de cuna, y sonrientes alcahuetes, saquearon sin pudor y sin remordimiento.

En las horas previas a embarcarme en el *Centaur,* no reuní buen dinero conmigo. No hubo tiempo. Pensé que mis amigos y compadres, a los que beneficié — y sólo Dios sabe cómo—, no se entregarían alegremente al olvido.

Cargué, en el *Centaur,* mis archivos. Letras. Cartas. Confidencias. Confesiones. Promesas. Delaciones. Ruegos. Suegras que denuncian a nueras. Hermanas que denuncian a hermanos. Unitarios que denuncian a federales por cismáticos. Unitarias que se ofrecen a calentarme los pies con sus besos. Federales que me venden sus mujeres. Mayordomos que se me ofrecen como videntes… Lacayos… se ofrecen para lo que yo disponga.

Cargué, con cuidado, el consentimiento escrito de Don Adolfo O'Gorman al castigo que infligí a su hija Camila, y al cura que la embarazó.

No me agradó, nunca, el escándalo. Y la fuga de esa muchacha y el sacerdote fue un escándalo. Y los unitarios escribían, en Montevideo, que Buenos Aires era una casa de putas. Y que el deán de la Catedral, Felipe Elortondo y Palacio, tenía por barragana a Josefa Gómez, y que yo lo permitía.

Yo, de puertas adentro, señores míos, permití que el Demonio habitase a quien quiera cediese a la lascivia y la obscenidad. De puertas afuera, no. De puertas afuera, decencia.

Y cuando ordeno que se fusile a Camila y su amante, el mestizo Gutiérrez, proclaman que soy una bestia sedienta de sangre. ¿Acaso lord Palmerston no me dijo que *Romeo y Julieta,* la más aplaudida obra de teatro del canciller Bacon, justifica la ejecución de los dos amantes cuando sus procacidades afligieron a la sociedad veneciana?

¿Acaso son sordos? Si no lo son, escuchen mi consigna:

El que está abajo, respeta al que está arriba.

Digo esto, y no digo más: yo sabía que el cura Elortondo llegaba, de noche, emponchado, a *Las Encadenadas,* la estancia de la Gómez, y que ella le desnudaba la verga, y le ataba una piola a la verga, y lo llevaba a la cama, tirando de la piola atada a la verga del cura, como si sacara a pasear un perro, y ataba manos y pies del cura a la cama, y lo jineteaba.

Yo sabía de los bramidos de ella, y de las invocaciones a la Virgen María de él, y los retorcijones de ella, y las penosidades de él.

Yo sabía hasta eso. Pero eso, señor mío, de puertas adentro. Sin escándalo. Yo castigo el escándalo: ¿se entiende?

Porque, señor mío, nada se mueve, nadie murmura, nada se agita en Buenos Aires sin que yo lo sepa. Oídos fíeles escuchan qué sueñan los porteños en la oscuridad de las noches. Yo velo lo que es indecible de esas noches de los porteños.

Abro el archivo y miro cómo se cocina la perversidad humana. Yo, que no necesito espejos.

Los papeles de mi archivo, que huelen a la más pestífera mierda que vientre alguno haya echado sobre la tierra, me absuelven y me honran ante el futuro.

Hágame el bien de escribir a la siguiente dirección:

Your Excelency

Gral. Rosas.

En este país, felizmente, el general Rosas merece la consideración de las personas de respeto.

No importa lo que digas
No importa lo que calles
La vejez, es una
La muerte, también.

Han pasado veinte años desde que me arrojaron a tierra de gringos.

A veinte años de ese crimen, a veinte años de ese pecado de sangre que Dios no le perdonó al cojudo de Urquiza y a la traición de mis generales, un paisano clava su cuchillo en el mostrador de una pulpería, y grita *Viva Rosas.* Y otro clava su cuchillo en el mostrador de otra pulpería, y grita *Viva Rosas.*

Y ahí va un tercero, y desenvaina su cuchillo, y lo clava en el mostrador que usted elija, y grita *Viva Rosas.* Y no hay paisano que, en una tarde de silencios y de llanura, no mire oscilar la hoja de su cuchillo donde sea que lo clave, con mucho alcohol en el cuerpo o ninguno, con algo en la sangre que es más hondo que el recuerdo, que no grite *Viva Rosas,* listo para morir o para cobrarse una cuenta que nunca sabrá cuándo y quién la abrió.

Fisonomías graves como árabes y como antiguos Soldados, caras llenas de cicatrices y de arrugas. Un rasgo común a todos, casi sin excepción, eran las canas de oficiales y soldados… ¡Qué misterios de la naturaleza humana, qué terribles lecciones para los pueblos! He aquí los restos de diez mil seres humanos que han permanecido diez años casi en la brecha combatiendo y cayendo uno a uno todos los días, ¿por

qué causa?, ¿sostenidos por qué sentimiento?... Estos soldados y oficiales carecieron diez años de abrigo, de un techo, y nunca murmuraron. Comieron sólo carne asada en escaso fuego, y nunca murmuraron... Tenían por él, Rosas, una afección profunda, una veneración que disimulaban apenas... ¿Qué era Rosas, para estos hombres? ¿Son hombres estos seres?

Inteligencias como las del señor Sarmiento, que se dan pocas en la tierra de Dios, no pueden responder a la pregunta de qué *es* Rosas para hombres que mueren al grito de *Viva Rosas*. No podrán nunca responder a esa pregunta. Y, entonces, se impacientan. Y, entonces, el señor Sarmiento, que quiere la cultura de la Francia para las ciudades argentinas, y que quiere sembrar de granjas norteamericanas el campo argentino, exige, para expiar el pecado de ser hijos de España, que se derrame la sangre barata de los gauchos… ¿Misterios de la naturaleza humana?

¿A qué reta y a quién el *Viva Rosas* de esos paisanos, que pelearon en mis ejércitos y en los del finado Urquiza? ¿Y el *Viva Rosas* de sus hijos y nietos y el de los hijos de sus nietos? Contesten eso, si les da la lengua para contestar eso.

Ese grito durará más que el pecado.

Me llamarán y yo no volveré. Eso es tan cierto como que Nuestro Señor Jesucristo fue vendido y clavado en la cruz.

Me llamarán para que salve a un país enfermo, roído por la anarquía, devastado y empobrecido por putos y corruptos, y expuesto a los probables furores que pueda provocar la diseminación de las proclamas de *La Internacional de Trabajadores*.

Sé de lo que hablo. Hablo de trapos rojos y proclamas de rojos que ondean y escriben mulatos y judíos y chinos, lúbricos festejantes de la destrucción, partidarios del *no,* proletarios de la clandestinidad, hijos de las minas de carbón, de la forja de rieles y locomotoras, de la tibieza sórdida de las sastrerías, fomentadores vocacionales de la lucha de clases. Poetas.

Entonces, para que los salve de esas legiones del despecho y el resentimiento, quienes renegaron de mí me ofrecerán sus lealtades a precio, y escucharán arrobados —ese aire ensimismado que gustan adoptar antes de la hora del asado y del vino— las digresiones del *capataz,* eufemismo con el que me marcó, para regocijo de los torpes escribas de manuales escolares, el muy juicioso Don Nicolás de Anchorena, que sabía largo de estancias y capataces.

Hoy, Don Nicolás de Anchorena, su dignísima esposa, hijos y parientes, fingen no acordarse del brigadier general Don Juan Manuel de Rosas, ni de sus estrecheces, ni que a él —a Don Juan Manuel, *capataz* de manos limpias, gobernador—propietario de los bienes de la provincia de Buenos Aires, y guardián de sus noches—, le deben la posesión de 306 leguas cuadradas de tierras aptas para lo que guste mandar.

Tampoco se acuerda Don Juan Nepomuceno Terrero, que fue, en tiempos de cielo abierto y buena risa, socio de Don Juan Manuel, y se alzó con 42 leguas de tierras de mi flor.

Y Don Félix de Alzaga, que embolsó 132 leguas cuadradas de tierra, olvidó que fue uno de los pocos hombres de confianza

de Don Juan Manuel, y que el brigadier general Don Juan Manuel de Rosas, y su hija Manuelita —la única hija criolla y presentable en sociedad de *King Lear,* la sucesora de *King Lear* en los manejos del Estado, la de la grupa carnosa, la que tuvo mano suave para los desvelos de Lear, la que escribió a *Carancho del Monte* que*,* cuando degollase a unitarios y unitarias, le remitiese las cabezas de las unitarias, que ella compensaría el esfuerzo que demanda captura, degüello y remisión de cabezas de los subversivos con un cajón de vino francés—, Manuelita, digo, y Don Juan Manuel, tuvieron una palabra de comprensión en los labios, y un corazón dolorido cuando el susodicho Don Félix evocaba a Don Martín de Alzaga, ahorcado por los jacobinos de la Revolución de Mayo.

¿Y el general Ángel Pacheco, que no movió un caballo el 3 de febrero de 1852, y dejó que el salvaje Urquiza atropellara los flancos, el centro y la retaguardia de mis ejércitos con su caballería entrerriana, y diezmara mis ejércitos con su caballería entrerriana?

Digo que Don Ángel Pacheco, guerrero de la Independencia —que Dios maldiga y envíe al infierno a los que nos independizaron del reino de España—, que juró ante mí y ante Manuelita, dar su sangre por mí y por Manuelita, tenía por norma coleccionar tierras de unitarios, exquisita costumbre que los intelectuales del Río de la Plata, en voz alta o en voz baja, llamaron *pachequear.*

Es verdad: el brigadier general Juan Manuel de Rosas aprobó los hábitos confiscatorios de sus socios y compadres.

Es verdad, también, que esas columnas de la sociedad han perdido la memoria de cuánto le deben al brigadier general Don Juan Manuel de Rosas.

¿Qué fui yo para *ellos?*

¿Qué fui yo de *ellos?*

Mis opositores, que querían tierras, fueron o son propietarios de tierras y, como muchos, aprendieron de Rosas: expropiaron mis estancias, unas 136 leguas cuadradas de tierra, y me expropiaron tres o cuatro casas, de las que soy único dueño, en la ciudad de Buenos Aires.

El señor Domingo Faustino Sarmiento dijo, con un laconismo que celebro, que las vacas dirigen la política argentina.

Yo digo: la política es otro de los nombres de la deslealtad.

Ahora, aquí, en el condado de Swanthling, reino de la Gran Bretaña, digo:

Los argentinos darán mi nombre a su destino.

Voltaire escribió que Inglaterra fue esclava, por mucho tiempo, de los romanos, de los sajones, de los daneses, de los franceses.

Voltaire escribió que Guillermo El Conquistador impuso, a los ingleses, la prohibición, bajo pena de muerte, de encender fuego o prender luces en sus casas, luego de las ocho de la

noche. Y los ingleses nunca dudaron de la cordura de Guillermo El Conquistador.

Voltaire escribió que la Europa continental trató, a los ingleses, como perros rabiosos y locos porque inoculaban viruela a sus hijos para prevenirlos de la viruela.

Muchos siglos antes que los ingleses, los emperadores chinos ordenaron que sus súbditos se inoculasen viruela con la pretensión de que se salvaran de esa contagiosa epidemia. A nadie le importan China y Voltaire.

Yo quemé a Voltaire.

Pero los dos peones galeses, que limpiaron de nieve los techos de mi rancho, la puerta y el sendero que lleva a la puerta de mi rancho, toman cerveza, creo, en el granero, y en el frío y la oscuridad, envueltos en mantas que huelen a caballo y a forraje, y se cuentan historias de brujas, y no les importa el futuro. No les importa Inglaterra.

Mis peones —la escoria de la sociedad, los llamó lord Palmerston— hablan de cómo se entumecen los malditos dedos de los pies, allí, afuera, en la nieve, en el viento y en las trampas heladas de la nieve. Y de cómo sacarse las botas, o lo que sea que calcen, y los malolientes calcetines, y las medias de lana que usan por encima de los calcetines, y de cómo poner los entumecidos dedos de los pies en las cercanías del fuego que encendieron, y los calcetines y las podridas medias de lana en las cercanías del fuego que encendieron, para que se les sequen.

Y, también, hablan de brujas. Hablan de la nieve, del frío y de las brujas. De cómo las brujas cruzan los bosques helados, de cómo las brujas son pequeñas manchas móviles y aullantes en la inmóvil negrura de los bosques helados y las praderas heladas. Y se estremecen de miedo, y toman más cerveza, rubia, en sus cacharros de loza ordinaria, y se asustan con las historias de

brujas que cruzan bosques helados y praderas de nieve. Y ríen, borrachos, de sus miedos y de sus sustos. Y dicen que las brujas cantan.

¿Has raspado —dirá uno de los malditos peones, borracho, en alto el maldito cacharro que desborda cerveza rubia, al otro maldito peón que ríe de miedo y de susto un vidrio contra otro vidrio? Así suenan las malditas voces de las brujas, cuando cantan en las noches de luna sobre las praderas de nieve.

Los ingleses, en invierno, cuentan historias de hechizos y de brujas, en la oscuridad de los graneros, en la sucia impudicia de sus camas.

Cuentan historias de empalamientos, de ruedas que quiebran huesos, de suplicios con agujas y hogueras que queman carnes y ojos contra un horizonte de nieve.

Las brujas cabalgan palos de escoba, y los palos de escoba se les hunden entre las piernas, y ellas cabalgan, erizados los pelos de sus cabezas, por bosques y praderas de nieve, y la luz de la luna baja por sus esqueletos, y ellas son la soledad que ríe en la noche y en la nieve.

Los ingleses, en invierno, serruchan brazos, piernas, cabezas y sexos de sus amantes, de sus abuelas, de sus hijas, de sus mujeres.

A los ingleses, en invierno, se les borra la cara.

Yo soy criollo.

España es mi madre.

Yo tomo mate.

Los jacobinos, con la Revolución de Mayo, nos empujaron al mundo de la enfermedad, de la disolución y de la duda.

Yo no me enfermo.

Yo soy el relato de lo que el pasado tuvo de feliz.

Yo tomo mate, ahora, de pie.

Yo salgo al campo, a la luz del campo, y el silencio que sube del fondo de la tierra, y el silencio de los animales y del cielo, son míos.

Yo como de esa luz del día, y largo el caballo contra el horizonte.

Yo soy la luz.

Y soy mi propio caballo.

Gritan tu nombre
veinte años después.
Qué importa lo que gritan
veinte años después.

Me digo: general, escriba de la verdad y del sueño.

De pie, aquí, en mi rancho de Inglaterra, digo:

El destierro es verdad; lo otro, sueño.

Sueño, la infancia.

Sueño, la juventud.

Sueño, los años en los que *ellos* gozaron de mi poder. Y lo festejaron. Y lo sostuvieron.

Yo que, de pie, tomo mate, y miro una nieve, unos árboles, un silencio de los que no soy dueño, sé que los sueños se desvanecen, que la mañana les pone fin, que son lo que el recuerdo quiere que sean.

Yo no sueño.

Yo, en este rancho agobiado por la nieve, y el viento, y el aire gris de la mañana, me dormí junto al brasero, y cabeceé junto al brasero y las brasas que resplandecían en el brasero. Y dormido, galopé los campos que fueron míos. Y respiré en su luz. Y no supe que es imposible retener ese candor, esa fugacidad.

Ahora, estoy de pie. Y tomo mate. Y no sueño.

Alguna vez, en Palermo, el almirante Guillermo Brown, que estaba loco, y que había huido de su Irlanda natal, y que llegó a almirante de la desvalida, misérrima flota que armaron y fletaron los jacobinos de Mayo, porque en Buenos Aires —dijeron los jacobinos de Mayo— sobraban los caballos y los criollos a caballo, y no los que se animaran a las aguas, me preguntó si nunca escribí un nombre, un deseo, una fatiga o, tal vez, el dibujo con el que marcaba mi hacienda, y los guardé —nombre, deseo, fatiga, dibujo— dentro de una botella, cerré la botella y la

tiré al Río de la Plata o al mar, si se me hubiera ocurrido navegar por donde el Río de la Plata se hace mar.

Contemplé, callado, al viejo incrédulo, acabado, que olía a ginebra o whisky, y que conoció los estragos del cañón a bordo de frágiles maderos, y el grito de horror de los que se ahogan, aún vivos, en el hueco pálido de las olas, y que eludió la muerte más veces que ningún otro hombre en aguas y tierras americanas, y contemplé la piel rojiza y arrugada de su cara, y sus ojos verdes y pequeños que buscaban alcohol en algún lugar de mi despacho, y le dije, *déjese de joder, Brown*. *No estoy para perder el tiempo.*

Brown, que no encontró ni un miserable trago de caña en mi despacho, tomó, de mi escritorio, su gorra de marinero, y me contestó*, Yo sí, señor.*

No haga caso, me dijo lord Palmerston.

Los irlandeses son un pueblo belicoso, pero sus escritores… Ah, sus escritores… Y sus poetas… A esos, les temo. A esos, general, les temo. Verdaderamente, les temo. Cambiaron el mundo de la palabra. Y le aseguro, mi muy estimado general Rosas, que cambiar el mundo de la palabra es más inexpiable que la cobardía de Judas o, si lo prefiere, que el deshonor.

No, no haga caso, señor, me dijo lord Palmerston. Los irlandeses sueñan. Y soñar no es peligroso. No, por lo menos, para los negocios de Su Majestad.

El sueño irlandés, amigo Rosas, es fundar una república, como ustedes, en su país… Oh, por favor, general: sé lo que el general piensa. Y coincido con lo que el general piensa de la declaración del 9 de julio…

¿9 de julio, verdad?, preguntó lord Palmerston, y yo le confirmé que ese día, por el que pagaremos sangre y lágrimas y

bienestar hasta que Dios se apiade de nosotros, se declaró la independencia del Río de la Plata del trono español.

Los irlandeses, que son tozudos e imbéciles y beatos, como no hay otra raza en la tierra del Señor, dijo lord Palmerston, creen que la república dará de comer a sus mugrientos campesinos y los consolará de sus incesantes desdichas mucho más efectiva y gozosamente que San Patricio.

Son buenos para cavar zanjas, dije yo. Los criollos no nacieron para la pala.

Lord Palmerston rió. Y ahorran, en su país, dos o tres chelines a la semana, y comen carne y no cascaras de papas, y compran ovejas, y parecen, con el tiempo, cuando envejecen, educados caballeros ingleses. Pero no lo son, rió lord Palmerston. Son irlandeses: ¿me comprende usted, general?

A lord Palmerston le asistían todas las razones del cielo y de la tierra: en Francia se proclamó la República, en setiembre de 1870, y seis meses después los rojos escarnecieron ese gran país con el espectáculo brutal de la Comuna, de las turbas degradadas de la sociedad en el poder.

¡Denme a la princesa Alicia como reina de las provincias argentinas del Río de la Plata!

Eso dice Juan Manuel de Rosas, que vale, en el destierro, en un rancho agobiado por la soledad y la nieve, para que su patria no se extinga en la abyección y el desamparo.

Eso digo yo, confinado, aquí, por la ingratitud de mis amigos, y leal a la nobleza de mi origen y a mi casa, y al futuro que dirá, de mí, la palabra justa.

Consigna del general Rosas a la población:

Queda desautorizado lo que no autorice.

¿Dónde está Manuelita?

Llueve en Buenos Aires: yo, de uniforme y con la cabeza descubierta, marche por sus calles.

Yo, a la cabeza de miles de argentinos. Y grito *muera el loco salvaje traidor Urquiza.* Y miles y miles y miles de argentinos, hombres, mujeres y viejos, que marchan a mis espaldas, gritan, como si impetraran al Cielo, *Viva Rosas.*

¿Qué querían de mi los argentinos?

¿Qué les daba yo para que gritaran *Viva Rosas?*

Y a mí, que marcho por esas calles, bajo la lluvia, calles y ciudad, cielo y aire, que me pertenecerán siempre, la cara mojada por la lluvia, y el pelo, y el uniforme de gala, se me estrangula la voz en la garganta, y la lluvia es un fuego helado cuando la miro. Pero hay lágrimas en mi pecho.

Después, cuando el salvaje Urquiza lanza a los cosacos de su caballería entrerriana sobre mis ejércitos, y los acuchilla y despedaza en los campos de Caseros, ¿dónde estuvieron los que yo favorecí?

¿No dijo el muy apostólico cura Esteban Moreno, en la Sala de Representantes, que era mi perro fiel, y que expondría su pecho a las lanzas del salvaje, traidor, loco Urquiza, en defensa de mi salud?

¿Dónde estuvieron los diputados que, en la tribuna de la Sala de Representantes, sus voces recorridas por las exaltaciones de la histeria, se disputaron el honor de morir por Rosas, que no los vi en los campos de Caseros?

Querían paz. Y la paz, para mis amigos, era la próspera y tranquila prosecución de sus negocios prósperos y tranquilos. Y para los otros, para los infelices, para los que morían en mis ejércitos, o para los mutilados, para los que se retiraron de mis ejércitos sin una pierna o sin las dos, o mancos, o sin un ojo, o sordos por el estallido del cañón, o sin vísceras, paz era siesta y mate, y un vaso de caña, de vino, y una tira de carne asada a fuego lento, y alzar la pollera a una china, y meter la mano en las hendiduras calientes de la china, en una tarde, en una noche cualquiera de la pampa.

Aquí, los ingleses toman mate de mi mate. Yo les descubro el zapallo y el dulce de leche. Y los saborean. Y los ingleses se miran entre ellos, y fingen asombrarse, pero tragan el dulce de leche que les desborda la cuchara, y se relamen como cuando le manosean las tetas a sus criadas.

Los ingleses, en invierno, son viejos. Violan niños en sus viejas ciudades y en sus viejos campos. Y toman cerveza. Y yo les descubro el zapallo y el dulce de leche. Y los ingleses, que son viejos en el invierno, ríen con sus bocas desdentadas. Pocos de ellos andan a caballo.

Los ingleses comen bistec. Yo, asado.

Los ingleses venden ponchos, ropas, cuchillos, asadores y espuelas a los argentinos.

Yo, Juan Manuel de Rosas, aquí, en el destierro, les soy indiferente, excepto a lord Palmerston, y a mi yegua *Victoria,* a quien le lustro el cuero y le doy de comer.

El hombre pobre
nunca
se acostará
con la hija del rey.

También les es indiferente quién gobierna en Buenos Aires. Venden lo que sea que salga de sus fábricas, y compran cueros, ovejas, tasajo, tierras en Santa Fe, en el litoral, en Buenos Aires, y en el Sur, y el señor Domingo Faustino Sarmiento, y los doctores Nicolás Avellaneda y Valentín Alsina y el general Bartolomé Mitre les son indiferentes si no se oponen a que las mujeres criollas cumplan sus deberes de sirvientas, de amantes ocasionales y, si cuadra, por especulación y cálculo, de esposas. Compran vacas, tierras y mujeres criollas. Y venden el humo de sus fábricas.

Inglaterra es la nueva Jerusalén de los judíos. Los judíos son interminables.

Escribo: El gobierno ha vuelto a disponer de los pocos bienes que me hubieran permitido vivir en una *moderada comodidad decente*.

Escribo: *Tengo sobrado derecho para que se reflexione detenidamente en orden a mis circunstancias políticas y privadas, considerándolas desde mi juventud, las épocas de mi vida pública y particular, mis servidos, mis sacrificios, las crueldades, las injusticias contra mí y contra mis únicos bienes, mi actual amargo estado de pobreza en un país extranjero, y así las reservas y privaciones de que he tenido que servirme para prevenir mayores males, y preparar aún más y más materiales para la justificación de mi defensa…*

Escribo que mis antiguos amigos y socios políticos, cuyos bienes no fueron tocados por los gobiernos que sucedieron al

peregrino gobierno de Urquiza, me dieron la espalda, y callaron, y permitieron se confiscase lo que heredé y lo que gané con mi trabajo.

Hablo de esos Anchorena. Y de ese tal Nicolás de Anchorena, hipócrita, *asqueroso e inmundo.*

Escribo que las mil libras esterlinas que el Señor Capitán General Don justo José de Urquiza ordenó que me remitieran son, para mí, un honor, y para él, la gloria. Que Dios premie la perfecta justicia de esa reparación moral.

Escribo que la esposa de Don Nicolás de Anchorena y sus hijos se niegan a pagarme los 80 mil pesos fuertes que me deben.

Escribo que Doña María Josefa de Ezcurra, Don José María Ezcurra, Don Gervasio Rozas, y muchísimos otros, han muerto sin pagarme lo que me debían, cuenta forjada en oro y en adulaciones que parecían no tener fin.

Escribo que lord Palmerston me dio a conocer, con palabras de doble sentido, sigilosas, como cubiertas por la prudencia, que el gobierno de SMB estudia interponer sus buenos oficios con el objeto de que se levante la confiscación de mis propiedades, y las propiedades de las que soy legítimo dueño me sean devueltas.

Escribo que Manuelita insinuó —en una visita al rancho con sus dos hijos, visita que le concedí— que yo abandone el *farm,* y ocupe, en las condiciones que se ofrezcan, alguna casa, en Londres. Y cuando me dijo eso, Manuelita rió. Manuelita es cruel. Desconozco a Manuelita.

Escribo que debe saberse cuánta es mi pobreza.

Escribo que enviaré recibos al coronel Pedro Ximeno, y a Doña Petrona Sosa y a Don Rufino Velazco por las 56 libras que me enviaron, como recaudación de tres trimestres. Les escribiré

de mi entrañable agradecimiento. Les escribiré de las palpitaciones de mi halagado corazón. Mi hermosa letra dibujará firuletes displicentes y vertiginosos, laberintos de mis sueños. Laberintos.

Your Excelency. Escribo que la circular de M. Favre a las representaciones diplomáticas del gobierno francés, repite, palabra por palabra, mis cartas a lord Palmerston, acerca de lo que podía esperarse de la titulada *Internacional de los Trabajadores.* La circular de M. Favre dice, en uno de sus párrafos, que la *Internacional* es una máquina de guerra destinada a abolir el capital e instaurar el comunismo.

Escribo que la circular de M. Favre menciona que los comités, caudillos y cómplices de la *Internacional* funcionan en Francia, Alemania, Inglaterra, Bélgica, Rusia, Suiza, Austria, Italia y España.

Escribo que la *Internacional* exige la legislación directa del pueblo por el pueblo, la supresión de la herencia individual, el ingreso del suelo en las propiedades colectivas.

Escribo: Cuando en las clases vulgares desaparecen el respeto al orden, las leyes y el temor a las penas eternas, sólo los poderes extraordinarios, en manos de los jefes de las naciones cristianas, restaurarán la obediencia a los mandamientos de Dios.

Escribo: En Londres vive el más insidioso, petulante y audaz apologista de la Comuna. Vive, me informan, en Maitland Park Road, y lo vigilan, discretamente, policías que ni siquiera llevan garrote en la cintura. Ese intenso apologista de la Comuna no es inglés: es, como yo, un desterrado. Me informan que los aberrantes panfletos que escribe son de una prosa como no hay otra en Europa. Me informan que *The Times* acoge y publica algunas de sus incesantes cartas. La reina Victoria es una mujer bondadosa.

Dicen de ese conspirador, quienes me informan, que es un soñador que piensa, un pensador que sueña. Escribo que, por lo tanto, es inofensivo. Escribo: No lo pierdan de vista. Vigílenlo.

Escribo: No hay en el mundo enemigo más esforzado de las asociaciones clandestinas, de la anarquía y del comunismo, que el general Rosas.

Echo más carbón al brasero. Rompo, con un martillo, los carbones grandes, antes de echarlos al brasero. He conseguido calentar el rancho.

De pie, muevo las piernas. Estoy solo, y hablo, para mí, en un frío mediodía británico.

Soy un hombre fuerte, y lloro, a veces, el olvido de los otros. ¿Por qué mi vejez no debe llorar, a veces, el olvido de los otros?

¿No escribí, en este mediodía de soledad y británico, o antes, en algún mediodía de sol y silencio, cuando la sombra del destierro caía, implacable, como una trampa de espasmos y lágrimas sobre mi corazón, que tengo sobrado derecho a que se reflexione acerca de mí, de lo que fue y de lo que es Juan Manuel de Rosas?

¿Qué debí hacer para que mi destino fuese otro?

¿Qué no hice para que mi destino fuese otro?

El horizonte, la luz del sol, la tierra, obedecen a los cascos de mi caballo.

Si yo detengo mi caballo, el mundo es real.

Yo detengo mi caballo.

Yo medito sobre la suerte de los argentinos sin mí.

Enfermedad, agonía, nada
El destino no tiene fin.

Consigna del general Rosas a la población:

La vaca es vaca y no toro.

Las mujeres viven para engatusar y dominar a los hombres. Es, el de las mujeres, un deseo de animal carnívoro, que sólo se sacia cuando devora al hombre.

Uno las monta, ¿y qué hace? Alimenta ese deseo, le da un nuevo y feroz impulso.

Las mujeres no son como las putas. Ni como las yeguas. A las mujeres es imposible domarlas.

No me gustan las mujeres: me gustan las yeguas y las putas.

La perra gime.

Como, despacio, la carne que eché en la parrilla del brasero.

Miro a la perra que gime, que me olisquea la botas y gime, pero como despacio.

En invierno, gasto mucha vela para iluminar el rancho. No me gusta la oscuridad.

Le tiro un pedazo de carne a la perra. La perra deja de gemir. Babea.

No me gustan las perras que gimen.

Doña Encarnación adivinaba cuando me venían las ganas. Las ganas son como una impaciencia. Como una vibración en las rodillas. Se me endurecían los muslos.

Cuando uno es toro, la leche empuja para abajo, para el lado donde nacen las piernas, y late, la leche, como un corazón, abajo, arriba de la verga.

Yo, en el campo, me sobaba ese triángulo de pelo, arriba de la verga. Y me tocaba la verga. Todavía era la de un semental.

Había razón. Yo y Juan Lavalle mamamos de la teta de Doña Agustina Osornio, mi señora madre, la del bello culo. Hombre guapo, Juan Lavalle. Se alistó, pendejo, en los granaderos del general San Martín. Y peleó como el mejor. Se largaba, solo con su caballo, al encuentro de los soldados del rey de España, y los mataba con su sable y la exaltación de un fraile santo. Hasta que lo mataron a él, los montoneros, en un infame pueblo del Norte. Dicen que lo entregó una mujer: pobre Juan Lavalle, tan buen mozo, morir vendido por una mujer.

Era corta la verga de Juan Lavalle. Y la mía era la de un semental. En el campo, a caballo, nos abríamos la bragueta, y las

medíamos sobre la montura de los caballos. La mía era, por lo menos, el doble de la de él. Y cuando las medíamos, él se volvía como loco. Por eso se fue con los Granaderos del general San Martín. Para mostrar que su coraje superaba, lejos, el de cualquier soldado de su tiempo, español o criollo. Juan Lavalle: tanto coraje al pedo.

Yo miraba el cielo, en mis campos, y el techo de mi despacho, en los cuarteles de Palermo, y me sobaba duro. Piel, pelo, huesos, carne, verga.

Hay que quitarse esa leche, cuando uno es toro, antes de que cuaje. Porque la cabeza del hombre, con esa leche depositada, allí, abajo, se enturbia. Ordeñar. Y rápido. Como a las vacas. Un hombre, si es hombre, es toro y vaca.

Yo, en mi despacho de Palermo, pensaba 18 horas por día. Escribía. Escribir es pensar. Pensaba 100 leguas por delante de cualquiera que pensara en los intereses del Estado. Eran pocos los que pensaban en los intereses del Estado. Son pocos. Yo soy uno de los pocos. El primero. El mejor.

Los otros, los otros eran criollos de coraje. Como Juan Lavalle. Como Gregorio Aráoz de Lamadrid. Esos dos no supieron, nunca, qué era pensar. Cantores de vidalas, sí.

El manejo del Estado me apasiona. El manejo de los intereses del Estado me apasiona. No la guitarra. No el sexo. El sexo distrae. Lo usaba, claro. Porque la verga se me paraba. Y eso era algo que yo no podía impedir. Ni aún hoy, yo, un hombre fuerte, puedo impedirlo.

Doña Encarnación era buena para el ordeñe.

Vení, murmuraba ella donde fuera que estuviésemos. Cuando terminaba, yo, aliviado, agradecido, le decía que ella, Doña Encarnación, conocía todos los secretos del ordeñe. Ella

reía, satisfecha, y me preguntaba si era eso lo que me parecía, y yo le contestaba que sí, que su habilidad me paralizaba, y que su habilidad iba mucho más lejos que la de las mestizas y las negras. Y ni hablar de las indias.

A Doña Encarnación se le arrugaba la piel de la frente cuando yo bajaba esa balanza, pero yo le sonreía, y me cuadraba frente a ella como un cadete rápido y ágil y obediente. A Doña Encarnación se le oscurecían los ojos. Y algo retrocedía dentro de ella. Fríos los ojos de Doña Encarnación.

Doña Encarnación era cruel a la hora del juego amoroso. Y a cualquier hora. Pero yo aguantaba el trabajo de sus manos y de su boca. Me daban algo cuando trabajaban mi cuerpo, que no sé nombrar. Tampoco podía Doña Encarnación. Ella decía: *Usté, Don Juan Manuel, patalea y gruñe como un chancho cuando siente el filo del cuchillo en el cogote.*

No decía, Doña Encamación, nada que yo no le hubiera escuchado antes. Doña Encarnación gustaba decir cosas como ésa. Muy de campo, Doña Encarnación. Muy de encendérsele los ojos, a Doña Encarnación, cuando le daba en el lomo, con el rebenque, a una negrita traviesa. Muy patrona de estancia. Doña Encarnación.

Me dormí, sentado junto al brasero.

La perra me mira, los ojos apagados, tendida al otro lado del brasero. Se comió, la perra, los restos de la carne que dejé en el plato. La perra, los ojos velados, tiembla. Espera que la castigue. Tendrá su castigo.

Es como un sopor el que tengo. Hay algo que gira en mi cabeza. Pero me pongo de pie. Me dije: *póngase de pie. Don Juan Manuel.* Y mi cuerpo obedeció.

Se está enfriando el rancho. Dormí mucho. Una hora dormí.

Los ancianos deben dormir poco, me dijo el. doctor Bradley, médico de lord Palmerston, en Londres. Por los accidentes vasculares: ¿me comprende, general?

No soy un anciano, le dije a Bradley, que es un gnomo calvo, y panzón, una panza hinchada de whisky.

¿Cuántos años tiene, general?, me preguntó Bradley como si no lo supiera.

Setenta y ocho.

¿Dónde vive, general?

¿Le hablaron, a usted, de un lugar llamado destierro?

No, general. Soy inglés, general.

Nieva.

Son las dos de la tarde.

Las mujeres, incluida Doña Encarnación, son almas impías. Y ellas lo saben.

Mi padre azotaba a mi madre, la señora Osornio. Ella tuvo veinte hijos de Don León Ortiz de Rosas, mi padre, pero mi

padre, con la misma regularidad que dormía la siesta, y comía su puchero de gallina de los miércoles, invierno y verano, le daba, con la fusta, al culo de la señora Osornio.

Bello culo el de la señora Osornio.

Nunca preguntó, la señora Osornio, a mi padre, por qué le daba con la fusta. Se encerraban en el dormitorio, y mi padre decía, con una sonrisa de niño todavía no decepcionado por las miserias humanas que, en el dormitorio, él alzaba los ojos hacia el techo, y sin cerrarlos, veía sus años de cautiverio entre los indios, y escuchaba su juventud, y Doña Agustina Osornio, cuando él escuchaba las voces de su juventud, también era joven.

Doña Agustina, en la penumbra del dormitorio, se levantaba la falda, y se acostaba en el cama, boca abajo en la cama, y ofrecía su bello culo a Don León Ortiz de Rosas, mi padre.

El bello culo de Doña Agustina era como un estallido de luz blanca en la luz amarillenta y triste de los velones que encendía mi padre, en el dormitorio.

Don León Ortiz de Rosas, mi padre, se levantaba de su butaca, esa butaca que estuvo, desde siempre, al pie de la cama, empuñaba el rebenque, y los rebencazos caían sobre el blanco culo de Doña Agustina Osornio. Era ancha la lonja del rebenque.

Mi padre paraba el azote cuando se quedaba sin aire en los pulmones. Mi padre, sin aire en los pulmones, acariciaba, con sus manos regordetas, los muslos enrojecidos de Doña Agustina. Mí padre agachaba la cabeza y besaba las nalgas enrojecidas de Doña Agustina.

Después, se desnudaban. Ella, la cabeza en la almohada, las piernas abiertas, lo recibía.

A veces, suspiraban.

Escribo a Buenos Aires.

Arrimé mi vieja mesa al brasero, y escribí diez cartas a Buenos Aires, con hermosa caligrafía.

Escribo, en el condado de Swanthling, reino de la Gran Bretaña, a viejas devotas que me recuerdan alto y robusto, recta la espalda. Recuerdan, las viejas devotas, mi voz ceremoniosa y grave, cuando yo quería que fuese grave, y las viejas devotas dicen que no olvidaron lo que dije.

Escribo a coroneles y parientes que trabajaron, a mis órdenes, en la administración del gobierno de la provincia de Buenos Aires.

Escribo, a tacaños y tacañas, de mi íntima satisfacción por el socorro que me prestan. Les escribo de mi entrañable agradecimiento por las pocas, escasas libras que me mandan. Espero que le crean a mi hermosa caligrafía.

Les escribo que, en mi despacho de Palermo, documenté, a lo largo de veinte años, la memoria de la Patria, con mi hermosa caligrafía.

Les escribo de las convulsiones revolucionarias en Europa, y qué remedios propongo para acabar con esas crispaciones del cuerpo social, y les escribo de los consejos que envío a la reina Victoria. A su pedido, se entiende.

Les escribo que me reciben en las cortes reales de Gran Bretaña, Francia, España, con las dignidades que se deben al gobernador—propietario de la provincia de Buenos Aires. Les escribo que busquen en el Diccionario la etimología de la palabra crispaciones.

Les escribo que leí una carta, en *The Times,* que un tal Raymond Wilmart remitió al más intenso de los apologistas de la Comuna, y que la policía, seguramente, interceptó.

Ese Raymond Wilmart combatió a los poderes constituidos, en las calles de París, y en los turbulentos días que duró el gobierno de proletarios e intelectuales ávidos de revancha contra la clase pudiente. Ese tal Wilmart fue uno de los que huyó de la persecución de las fuerzas del orden al mando del benemérito M. Thiers.

Desde Buenos Aires escribe ese tal Raymond Wilmart al más intenso de los apologistas de la Comuna que, en la Confederación Argentina, la revolución es imposible. Escribe que en la Confederación Argentina no saben y no sabrían hacer otra cosa que andar a caballo.

No voy agregar una palabra a la carta del incendiario: hay brillos de horizonte en mi corazón.

Escribo a María Eugenia:

Vení si te curaste las várices. En Inglaterra no permiten la entrada a enfermos. Vení, pero sola. Sin los crios.

Tu Patrón

Rosas

—Su madre. Doña Encarnación, ha muerto.

—Lo sé, tatita.

—Desde hoy, usted la reemplaza. Manuelita me miró, y sus ojos eran los de Rosas, y ella era Rosas, que buscaba quien se prodigara con su virginidad, quien la sosegara, quien sosegara las ofuscaciones de su virginidad.

Manuelita me esperó. Y yo la dejé, ahí, esperándome.

Manuelita se rió, y cuando Rosas ríe busque un agujero y húndase en el agujero, y no respire, y espere que Rosas deje de reír, borre la risa de su cara, y su cara retorne a la monótona impasibilidad que ofrecen, en el mármol, las caras de las estatuas.

Manuelita, que me esperó, y que rió, dijo:

—Sí, tatita.

Guardo de Mr. Southern, con placer, unas pocas líneas:

Los acreedores ingleses deberían rezar para que Rosas permanezca en el poder. Es un administrador honesto y prudente de los fondos públicos.

Yo tracé los planes de la Campaña del Desierto y, al frente de mis ejércitos, arrebaté al indio miles de cabezas de ganado, centenares de cautivos y centenares y centenares de leguas de tierra.

La Campaña del Desierto abrió las puertas a riquezas que parecían de sueño. Amigos, compadres, y los que se decían mis aliados cobraron, por buenas, provisiones de boca, ropas, ollas, tabaco, galletas, aguardiente, armas, caballos, y cuanto se

moviera en cuatro patas y aún en dos (incluidas las putas), que entregaron a los administradores de mis ejércitos.

Mis abuelos conquistaron las provincias del Río de la Plata. Y fundaron un linaje. Y yo cumplí con ese linaje. Yo no lo ultrajé. Mis manos quedaron limpias. Entraron y salieron limpias de las bolsas de oro y plata. ¿También las de *ellos,* los que fueron mis compadres y aliados? ¿También las manos de los que se arrastraban por los pisos de Palermo, en acatamiento gozoso de los antojos de Manuelita? ¿También las manos de los que bajaban de sus estancias con caballos para regalarme, y monturas y ponchos para regalarme? ¿Y cueros, tasajo y sebo y ovejas para vender a los ingleses?

Le digo a Manuelita que engordará.

Ella me dice que sí.

Ella me dice que no se cuida con la comida, como las damas de Francia.

Ella me dice que es criolla. Y en edad de merecer.

—Me gustan las gordas —le digo.

—A usted le gustan las bien formadas —dice ella, y gira sobre sí misma, orgullosa de su opulencia.

—Me gustan las bien formadas —digo yo, y le miro los pies, pequeños, bien formados, sin un callo.

Los dos nos reímos.

Ella y yo somos Rosas.

Rosas ríe.

Están secas, ahora, las calles de Buenos Aires.

El río, lejos y en bajante. Y no llueve.

Los zaguanes, de noche, no son cuevas y, cuando lo permiten las rondas de la Mazorca, el mozo acerca su mano al pecho de la muchacha. Mis hombres de la Mazorca echan una mirada a ese desperdicio de energía, prenden un cigarro y, lo que callan, me lo dirán a mi en sus informes.

De día, carros de altas ruedas entran al río en busca de agua clara. De noche, Europa camina por los salones de Buenos Aires.

Y yo, en mi despacho, velo, de día y de noche, por los negocios de los otros.

Manuelita, treintañera, llegó a la Gran Bretaña conmigo, y con su paciente entretenedor, y no fue la mujer que yo necesitaba para mi *home,* para que fuese un *home* en el destierro.

Ella, en Palermo, engordaba.

No para de engordar, usted, mi señorita Manuelita, le decía yo, en mi despacho, sentado en un sillón de respaldo de felpa roja y maderas de quebracho, y levantaba los ojos de las consignas que esparcía, por las mañanas, sobre mi escritorio, y la miraba.

No, señor, me contestaba Manuelita, sin reír, sin sonreír.

Nos mirábamos.

No olvide que me gusta la carne gorda.

Sí, señor.

Pero no blanda.

Son los asados, decía Manuelita.

Es el aire del río, decía Manuelita.

Es el apetito, señor, me decía Manuelita.

Hay asados a las orillas del río, y bajo los ombúes. Y yo camino, y es de noche, y me veo caminar entre el humo de los asados y los velones de grasa que arden en las ramas más bajas de los árboles, y en los tocones de árboles que se pudrieron o que el fuego se comió, y saludo a mis hombres de la Mazorca, sin equivocar un nombre, y les pregunto por sus madres y mujeres, por sus hijos y sus caballos, y ellos me contestan, reservados y dignos, como si dialogaran, a solas, con Dios. Se les cambia la sangre en el cuerpo: no es torva y oscura; es roja y limpia, y viene a mi encuentro.

Saludo, en la noche del verano, a los diplomáticos extranjeros, a sus mujeres y amantes, y una brisa como perfumada sube del río y toca las blanduras de mi corazón. Yo sacudo la cabeza y aparto, de las blanduras de mi corazón, los tiempos en que Doña Agustina era joven, y Juan Lavalle se acostaba en mi catre de campaña, y allí se dormía, y ningún cuchillo le aserraba la garganta, ninguna bala le partía el pecho, porque él y yo mamamos de los pechos de una mujer que fue mi madre, y que fue bella, y que fue dueña del culo más bello que nunca contemplé.

Pero las blanduras de mi corazón, tocadas por esa brisa del río que sorteaba el humo de los asados y el chirrido de los velones que se derretían en la noche de Palermo, iban más atrás

que los pactos no escritos entre hombres como Juan Lavalle y yo, y se abrían a los paisajes de mi niñez.

A los aprendizajes de mi niñez.

A los caballos.

A los pastos.

A los vientos.

Al cielo.

A la cura del animal enfermo.

Al fuego.

A los olores.

A escuchar qué dicen los otros, y a elegir, de lo que dijeron los otros, la palabra justa.

Manuelita engordaba, a orillas del río, y bajo la sombra de los ombúes, en las noches de Palermo. Engordaba en verano, en las cercanías del agua, y engordaba en invierno, en los salones de la gobernación. Su cama, de noche, crujía.

Tengo que ir a la guerra, decía Manuelita.

A caballo, decía Manuelita.

Ver cómo es eso, señor, decía Manuelita.

Y perder unos kilos, señor, decía Manuelita.

Manuelita se casa el 23 de octubre de 1852, a ocho meses de Caseros, a ocho meses de las cargas de la caballería entrerriana que quebraron, con acero y alaridos, el valor de mis ejércitos.

Estoy solo, veinte años solo, sin mujer, salvo una criada vieja y pulguienta, en mi *home.* Sin alguien que me ayude a mantener, con algún decoro, el *farm.*

No está Manuelita, que era mi espejo. Que me afeitaba con placer y, una vez afeitado, pasaba una toalla húmeda y tibia por mi cara.

Ella, de pie, me miraba. Yo, sentado, la miraba. Y olía el tenue perfume de su cintura.

Ella y yo solos.

Yo, afeitado, los vapores de la toalla húmeda y tibia en mi cara, le tocaba la grupa.

Ella, de pie, me miraba.

Ella, de pie, volvía a bajar la toalla húmeda y tibia sobre mi cara y me cegaba.

Manuelita, en tierra inglesa, me abandonó.

Supongo que, aquí, por fin, el aliento fétido de perro en celo de su entretenedor le rozó la nuca, y los jugos de mujer treintañera le bañaron la vagina.

Ella, en Buenos Aires, era mi sucesora. Y ella que, en Buenos Aires, me juró respeto y amorosa atención por los años de vida que el Señor quisiera concederme; ella, que pedía, desde Palermo, a los hombres de la Mazorca, que le mandaran, en bolsas, las cabezas de las salvajes unitarias y de los salvajes unitarios que conspiraban para derrocar al gobierno de *Tatita;* ella, cuyos caprichos yo satisfacía sin que mediara una palabra de objeción; ella, en las tierras nevadas de la Gran Bretaña, se ofreció a las lubricidades de la verga de su paciente entretenedor.

Ella, lo sé, mira, golosa, cómo penetra en esa grieta que separa sus piernas, el tumefacto glande de su paciente entretenedor, ese extraño.

Urquiza pregunta qué se hicieron los amigos del general Rosas, a quienes el general Rosas colmó de fortuna en tiempos que quedarán en la memoria de los argentinos como el Padrenuestro.

¿Quién contesta a Urquiza? ¿Alguien desmentirá las palabras que la lengua del entrerriano puso en el aire?

¿Quién sube al escenario, mira a Urquiza en los ojos, y lo desmiente?

No contestan los que importan.

No contestan los que yo colmé de fortuna.

Los que siempre vivieron el desamparo —los que nunca importan—, y a los que yo cubrí de cicatrices, mutilaciones y muerte, y más desamparo, gritan *Viva Rosas.*

Nieva.

—El comandante Juan Gregorio Castro se presenta, Su Excelencia Señor.

—¿Qué se le ofrece al comandante Juan Gregorio Castro?

El hombre bajo y flaco mira el suelo de mi despacho; mira, en mí escritorio, los papeles que leo, los papeles que escribo, pero no alza los ojos hacia mí.

El comandante Juan Gregorio Castro busca las palabras que quiere decirme. Hay vacíos entre las palabras que encuentra, y dice, y las palabras que, sin decirlas, desecha. O se le desvanecen en la lengua.

El comandante Juan Gregorio Castro me ofrece su hija, María Eugenia.

—Se agradece, comandante Castro, —le digo al comandante Castro, mirándole las carnes flacas de la cara. Y grises. Y los huesos de la cara dibujados en las carnes grises de la cara. Hay canas en su bigote.

Le pregunto al comandante Castro si María Eugenia es virgen.

El comandante Castro no alza los ojos hacia mi cara. Yo no río.

—Es virgen. Señor Su Excelencia —contesta el comandante Castro y, para contestar, apenas mueve los labios grises en la cara gris y flaca—. Lo aseguro con mi vida.

Le pregunto al comandante Castro cuántos años carga María Eugenia, y qué entiende el comandante Castro de hasta dónde puedo disponer de María Eugenia. Hasta dónde, le aclaro al comandante Castro, no habrá que domarla.

El comandante Castro descansa, de pie, sobre una pierna.

Debe ser la luz de mi despacho, aquí, en Palermo, la que pinta de gris las carnes flacas de la cara del comandante Castro.

El comandante Castro mira sus botas, manchadas de barro seco. Llueve en la provincia de Buenos Aires. El comandante Castro galopó, desde lejos, para ofrecerme un presente. Y, en mi despacho, mira el barro que se seca en el cuero de sus botas.

María Eugenia no pasa de los trece años, y ella es mía hasta más allá de lo que se le ocurra a mi voluntad, dice el comandante Castro sin mirarme.

El comandante Castro dice que él se encargó de instruir a María Eugenia, y que María Eugenia cumplirá con lo que yo disponga.

—Y, por lo demás, usted, Su Excelencia Señor, hará lo que crea deba hacer con María Eugenia… Para eso le entrego a María Eugenia, Señor Su Excelencia —dice el comandante Castro.

—María Eugenia es suya, Señor Su Excelencia, hasta que María Eugenia muera.

Le pregunto al comandante Castro, sin sonreirme, qué hago con Manuelita. Le digo, al comandante Castro, que el suyo será un consejo de hombre y de federal.

El comandante Castro dice que la señorita Doña Manuelita es mi sucesora. Y que ser mi sucesora no es fácil. Y que la señorita Doña Manuelita no debe gastarse. Que María Eugenia se ocupará de mis cansancios.

Le digo al comandante Castro que tome asiento.

Le pregunto si anda con ganas de un trago.

Cuatro de la tarde: nieva.

Quiero calor para mis huesos.

La perra me mira. Mira cómo echo carbón al brasero. Odio el frío inglés. Soy Rosas, pero pobre.

Odio la vejez.

Tráiganme un caballo.

El carbón inglés no lo regalan, viejas estertorosas.

Muevan el culo, viejas degradadas, y golpeen las puertas que tengan que golpear, y junten las libras que tengan que juntar, y mándenlas a *Your Excelency.*

El mate no es inglés.

Recibí ciento diez libras, tres chelines, once peniques. Adjunto tres recibos y mi más entrañable gratitud, y mis ruegos a Dios para que los mantenga en Su Santa Gracia, y les conserve la salud y la memoria de éste su fiel servidor.

Recibí apreciable de Ud. de Setiembre 27. Envío recibos por 115 libras, 8 chelines, 17 peniques. Gratitud exhala mi aterido corazón.

Muévanse, viejas pedorreras, que la Gran Bretaña no es una ganga, y yo soy el general Rosas.

María Eugenia está ahí, como yo le enseñé, los ojos bajos, sin nada debajo de la pollera floreada, sin nada que le tape sus tibias humillaciones. Veo los pezones claros de María Eugenia contra la blusa.

María Eugenia, que está ahí, me pregunta, los ojos bajos:

—¿Un mate, patrón?

Miro la luz que cae sobre mi escritorio. Pálida la luz. De otoño. Levanto los ojos: María Eugenia está de espaldas a la puerta de mi despacho, los ojos bajos, el mate en una mano, el brasero a sus pies, y una pava de agua en el brasero.

—Acerqúese, Castro —le digo.

Ella se acerca, el mate en una mano. La otra, la izquierda, cruzada sobre el centro de la larga pollera.

—¿Está avisada la guardia, ahí afuera, de que nadie debe molestarme hasta que yo permita que me molesten? —le pregunto, a María Eugenia, de pie.

—Sí, patrón.

—Hábleme, chinita. Háblele a su patrón, y distráigalo de sus fatigas.

María Eugenia me habla. Murmura, María Eugenia. No escucho qué dice ese murmullo. Tomo el mate que María Eugenia sostenía en su mano.

—¿Usted se escucha, chinita? —le pregunto, de pie, y le pego unas chupadas a la bombilla. Estoy de pie, y de uniforme, entallado el uniforme, y mis botas brillan, y no tengo hambre.

Pregunto a María Eugenia, otra vez:

—¿Se escucha o no?… Conteste, chinita.

—Sí, patrón —dice María Eugenia, los ojos bajos.

Le devuelvo el mate a María Eugenia. No hay luz de otoño en mi escritorio.

—Muy sucio lo que me contó, María Eugenia —digo, de pie, y de uniforme.

—Sí, patrón.

—¿Le gusta contarme cosas sucias, chinita?

—Sí, patrón.

Me río. Hay silencio al otro lado de la puerta de mi despacho.

—¿Qué le hago, patrón?

—Vos ya sabes.

Pasos en la nieve.

Alguien busca a alguien.

Me enfrío en esta tierra sin emociones.

Sólo un hombre se puede medir conmigo: el señor Domingo Faustino Sarmiento. Lo digo aquí, en este invierno que no termina. Nombro al señor Sarmiento, y se me calientan los huesos.

El señor Sarmiento ama la palabra. Y debo reconocer, en esta tarde inglesa, en la noche inglesa que se acerca, a la luz de estas brasas que chispean, y de esa nieve que borra pasos y voces y que es el silencio de Dios ante las estúpidas imprecaciones de los hombres, que la palabra escrita del señor Sarmiento es inimitable, y no se puede describir, como la llanura pampeana, ni suplantar por otra palabra, incluida la palabra del general Rosas.

Esto escribió el señor Sarmiento de la ciudad de Buenos Aires, en los tiempos que fue tutelada por su gobernador—propietario, el general Rosas:

En Buenos Aires hay progreso social, se desarrolla singularmente el gusto por la elegancia, el lujo y las apariencias artísticas de la vida civilizada: movimiento literario hay también; hay buena y decente juventud; hay, en fin, motivo grande de esperanza futura para cuando se pongan en acción los buenos, los morales elementos que tiene indudablemente aquella sociedad.

El señor Sarmiento siempre me sorprende: puede, cuando se lo propone, y se lo propone en más de una oportunidad, adoptar el tono de esos pastores episcopales o protestantes que abundan en los Estados Unidos.

El señor Sarmiento sueña, como ningún otro argentino que yo conozca, con implantar los Estados Unidos en la pampa.

El señor Sarmiento, tan criollo él en sus estallidos de furia, goza disfrazándose de caballero bostoniano. Pero cuando piensa, me hace justicia.

Dispongo duelo nacional por la muerte de Jorge IV, rey de la Gran Bretaña.

Dispongo duelo nacional por la muerte de Guillermo IV, rey de la Gran Bretaña.

Dispongo que se envíen los mejores caballos de mi estancia a la reina Victoria de la Gran Bretaña.

Me gusta que los paisanos usen un crespón de luto en las mangas de sus camisas, y sepan de mi afecto por los gringos. Y que respeten a los gringos, sean escoceses, galeses o irlandeses. Y que los paisanos lleven luto por los reyes de Inglaterra, que también se mueren. Y que cuiden las ovejas, los campos, los pozos de agua, y las casas, y las propiedades de galeses, escoceses e irlandeses. Que no se les olvide a los paisanos aquello que yo escribí: los argentinos somos deudores del gobierno de SMB a la hora de la jura de nuestra independencia.

Que los paisanos sepan de mi admiración por el mundo, las costumbres y la corte real de los británicos, y la industria de los británicos, que incluye la cerveza y a *Robinson Crusoe.*

Que los paisanos sepan y se lo claven entre las cejas: los escoceses celebran a su patrono. San Andrés, y brindan por Rosas, *Nuestra Estrella de la Esperanza y Ancla de Seguridad.* Respeto por los escoceses, paisanos.

Los comerciantes ingleses, sin que falte uno, proclaman su más ferviente deseo: que el general Rosas, entiéndase, *Your Excelency,* permanezca al frente del gobierno de la Confederación Argentina… *Su retiro, Your Excelency, será no sólo una calamidad pública, sino que afectará los intereses de los residentes británicos… Please, Your Excelency,* comprenda nuestra petición.

Paisanos: comprendan la petición de los ingleses, nuestros vecinos, y compórtense, con ellos, a lo gaucho. A lo criollo.

Compréndanlos, paisanos, a nuestros vecinos, los ingleses, que ellos, nuestros vecinos, nos respetan —nos respetan: ¿escucharon, paisanos?— como hidalgos españoles que somos.

Ellos, los ingleses, dicen que nuestros enemigos, los unitarios, son burócratas sin empleo y especuladores en quiebra. ¿Quiénes supieron decir, que no fueran los ingleses, algo más puntual y acertado?

Ellos, los ingleses, quedan eximidos de prestar servicio militar, y de sufrir los préstamos forzosos al Estado.

Brinden, paisanos, por la sensatez inglesa. Y por su obstinación, que no deja de ser inglesa. Y por su moral, que es la de los filibusteros de la más poderosa nave artillada que haya surcado los mares con patente de corso.

Es verdad, paisanos: nos desalojaron de las islas Malvinas.

Es verdad, paisanos, que les ofrecimos cedérselas, a cambio de una indemnización que pusiera a salvo nuestro orgullo de hidalgos españoles.

Y es verdad que el reino de la Gran Bretaña se negó: el reino de la Gran Bretaña dijo que no empeñaría un penique de su Tesoro por una isla mugrienta, batida por los vientos helados del Atlántico, desierta e inclemente como una cárcel en ruinas.

El reino de la Gran Bretaña dijo, paisanos, que le llevaría un siglo civilizar las islas (y ése, dijo el reino de la Gran Bretaña, no era un buen negocio), y convencer, luego, a grupos de banqueros y distinguidos latifundistas, de las bondades de aquellas rocas de lava que Dios abandonó allí donde la tierra pierde su nombre.

Los ingleses, paisanos, dijeron que defenderían las islas con todas las bocas de fuego que pudieran reunir.

Los ingleses, paisanos, nacieron para el negocio. Y, en el negocio, son judíos.

Pero el general Rosas habla a los hijos de la hidalguía española.

El general Rosas les pregunta, paisanos, hijos de la hidalguía española:

¿Qué es el mar para ustedes?

¿Cuántas veces vieron, en sus vidas, peces de un solo ojo, tiburones relampagueantes y ballenas más grandes que mis cuarteles de Santos Lugares?

¿Les importa verlos?

¿Qué son, para ustedes, en cambio, las vacas, las ovejas, los caballos, las infinitas llanuras de la patria?

Contesten, paisanos, que Dios los escucha.

—Tengo cinco hijos suyos, patrón. Usted, patrón, es su padre. Y yo su madre.

—¿De qué habla, María Eugenia?

—De sus cenas, patrón… Siempre de madrugada sus cenas, patrón… yo le desabrochaba la chaqueta, patrón, y le bajaba los pantalones. Y usted, patrón, en la butaca, en la alfombra, en las madrugadas de verano, y en las del invierno, me hacía los hijos.

—No me consta.

Los peones ríen, borrachos de cerveza, en el granero.

Echo dos paladas de carbón en el brasero. El calor del brasero me alegra.

Muevan esos culos de mamonas viejas, y junten todas las libras que puedan para Don Juan Manuel.

¿Estás seguro, Juan Manuel, en esta tarde que se va, que nadie te busca?

Consigna del general Rosas a la población:

A los enemigos del orden, mazorca.

Yo, al frente de mis ejércitos, conquisto las tierras que se extienden desde la cordillera de los Andes a las aguas que pulen las angosturas del estrecho de Magallanes.

Las tribus indias se someten en presencia de las banderas y de las armas de mis ejércitos, y los caciques indios dicen que Juan Manuel de Rosas nunca los engañó, y que morirán, con los indios a su mando, por Juan Manuel de Rosas y la palabra de Juan Manuel de Rosas.

Ni ellos, ni yo, creemos en esas promesas. Mando degollar a los indios más ariscos, y escucho los gritos de muerte de las indias en pelotas por los indios que decapitan mis soldados. Es la histeria de rigor. No conozco otro recurso que discipline con mayor rapidez al salvaje (y al blanco, y al paisanaje alzado).

A otros indios, menos indómitos, les perdono la vida, y los confino en Santos Lugares. Comida magra. Nada de caballos. Alcohol en abundancia. Custodia noche y día: la melancolía les quebrará, en la garganta, el grito de rebelión.

La Sala de Representantes, magnánima, me otorga 60 leguas de tierras de pastura, allí donde quiera elegirlas, y en propiedad absoluta, beneficio que alcanzará a mis herederos, mientras Dios no disponga otra cosa.

Contemplo, sin apuro, la cara de los señores Representantes, desde el silencio y la oscuridad de las bambalinas. Se sienten felices, los señores Representantes.

Yo cabalgo y duermo con el aullido de los vientos del sur sobre mi cuerpo, y firmo tratados de paz con los caciques indios, que entregan a su gente a la servidumbre y la desaparición y, paciente, escucho sus incomprensibles discursos, sus largos bramidos de valentía, y presto atención a sus danzas guerreras, y como, sin repugnancia, sus mejunjes ardientes, y los alabo con una lengua grave y lenta, y les sonrío.

Los indios se miran, miran sus caras cobrizas, y repiten, con voces alargadas y chirriantes, sus juramentos de fidelidad al hermano Juan Manuel.

Los señores Representantes se palmean las espaldas: van arrendar o comprar, en las tierras que conquisto para ellos, sus hijos y sus nietos, estancias de tres leguas de frente por tres de fondo. Diez mil cabezas de ganado por estancia: no hay zonzos entre los señores Representantes de la Legislatura, entre los coroneles de mis ejércitos, entre los apellidos que valen en Buenos Aires. Les viene en la sangre el gusto por la tierra.

En las noches del sur, detrás de los fuegos amarillos de las hogueras, lejos de los lujos europeos de los salones porteños, una cautiva habla a indios, soldados, chinas y putas que reclutéen los suburbios y quilombos de Buenos Aires.

Dice, la cautiva, que ella hizo el amor con Rosas una noche de domingo, y que la helada blancura de la luna, a la que se exhibió en una noche de domingo, le borró, a la criatura que creció en su vientre, los ojos, el llanto, los dedos de las manos.

La cautiva dice que el hijo de Rosas viaja por los ríos del sur que desembocan en el mar, de cara al cielo. Y que, como no puede llorar, es feliz, de cara al cielo.

Rosas escribe a los hacendados argentinos, escoceses, galeses, irlandeses, que asesta golpes de muerte al malón indio, y que su dilatada campaña abre, a las bellezas de la civilización, la nueva frontera del país.

Yo, Rosas, no pido estatuas que celebren mi energía.

Yo, Rosas, cumplo con mi deber.

¿Quién camina en la nieve?

¿Quién me busca en esta hora de Inglaterra?

No tengo frío.

No tengo hambre.

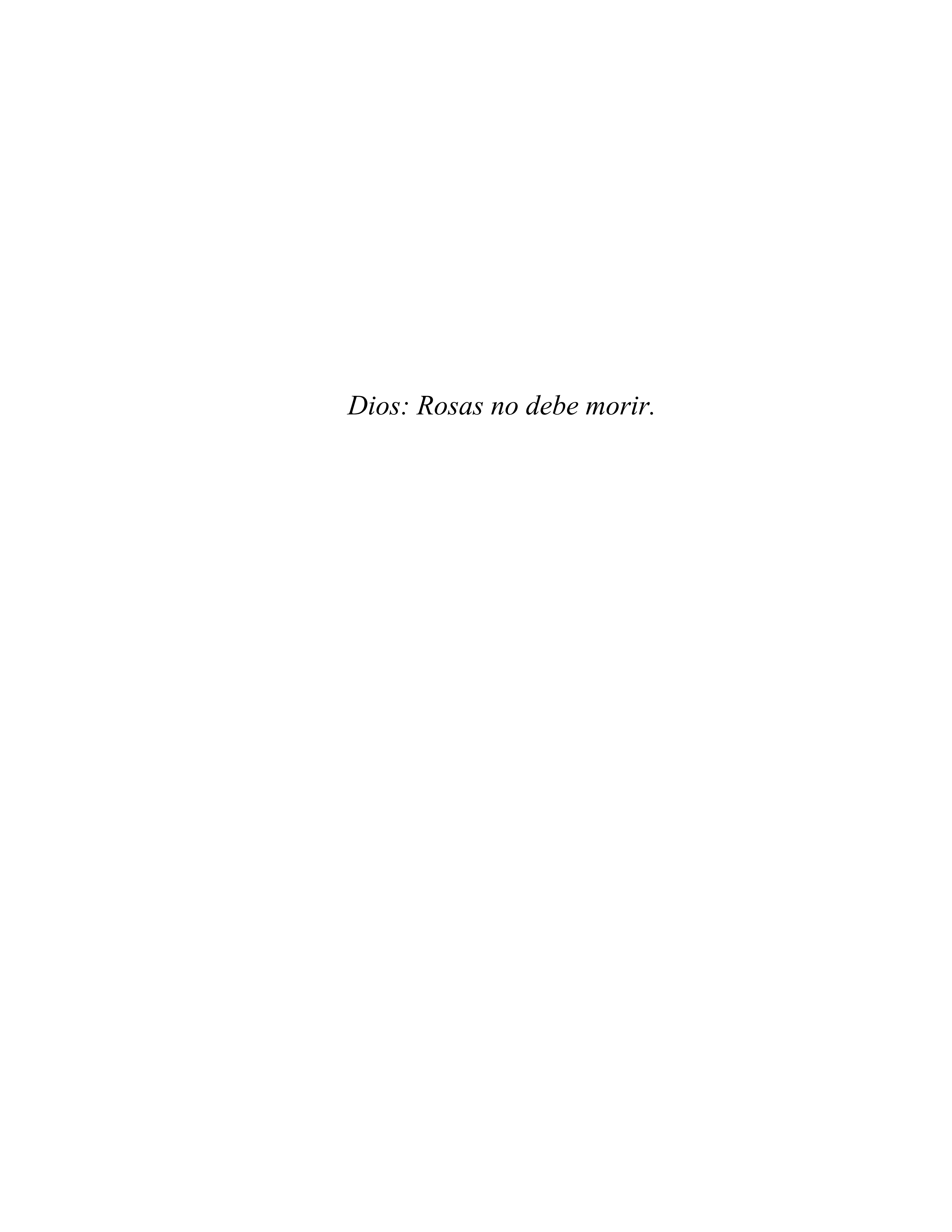
No tengo miedo.

Soy, aun solo, Juan Manuel de Rosas.

Invoco, nombrándome, lo que la patria me debe.

La noche cae, en silencio, como la nieve.

Los viejos piensan a saltos. Y repiten lo que ya dijeron, y olvidan lo que dijeron.



Dios: Rosas no debe morir.

Pasaron cuatro trimestres desde el último envío de libras esterlinas 95—14—0. Cuando ocurrió ese envío (carta del 5 de noviembre), Ud. no adjuntó los comprobantes de los trimestres vencidos. Entiendo que le llegaron mis recibos, pero, en esos momentos, entiendo, Ud. salía para su estancia. Le encarezco me remita los comprobantes: su ausencia me desorganiza los números.

La remesa de libras ciento noventa y tres, quince, siete, que Ud. me envió, con fecha junio 14, fue, para mí, un consuelo que escapa a toda ponderación. Estaba vendiendo algo (parte) de lo que me es penoso y triste separarme antes de mi muerte, antes de que Dios me llame a su lado, antes de dejar a Ud. sin mi consejo.

Sigo muy pobre. Quienes le hayan dicho lo contrario, mienten. De ser sinceros, de recordar cuánto me deben, habrían dicho: hemos auxiliado al general Rosas con tanto y tanto.

Consigna del general Rosas a la población:

No se dejen tentar por las alucinaciones, el alcohol y el sexo indiscriminado y animalesco.

Don Clemente López de Osornio, mi abuelo, el padre de la señora Agustina López de Osornio, mi madre, la del bello culo, fue muerto por los indios en 1783.

Murió, Don Clemente López de Osornio, en defensa de sus tierras y de la Santa Religión. Mi abuelo. Don Clemente López de Osornio, llevó al sur de la provincia de Buenos Aires, su espada, su cruz y su caballo. Y su limpia sangre española. Lejos llegó mi abuelo.

Mi abuelo paterno. Don Domingo Ortiz de Rozas, alcanzó el grado de capitán en los ejércitos de España, y su pasar fue modesto.

Su hijo, mi padre, Don León Ortiz de Rozas, nació en Buenos Aires, en 1760, e ingresó a un regimiento de infantería. En 1801, ganó el grado de capitán.

Mi padre fue capturado por los indios, cuando compró su libertad, se negó a hablar de su cautiverio. No habló de su cautiverio ni a la hora de la muerte. Su confesor me juró, por Dios y la madre de Dios, que Don León no le dijo una palabra del tiempo que pasó entre los indios. El confesor de mi padre no me mintió: dijo la verdad para no perder su cabeza.

Mi padre jugaba a los naipes, cuidaba de sus propiedades, y leía vaya a saber qué. Y sonreía, suave y despacio.

Casó, mi padre, con Doña Agustina López de Osornio, que heredó la estancia *El Rincón de López.* Tuvo, la señora Doña Agustina, veinte hijos de Don León. Y los concibió en esos momentos que Don León Ortiz de Rozas no se dedicaba, sonriente, calmo y distante, al juego de los naipes, ni a cuidar sus propiedades, con rigor y buen ojo, o a leer vaya a saber qué, o a

callar lo que sea que haya sido su cautiverio en el mundo de los indios.

Los Rozas obtuvieron la libertad de mi padre. Don León, al precio de diez carretas con frutos del país, doscientos caballos, vacas y armas. El canje demoró el tiempo que a los indios se les antojó que demorase.

Yo acuchillé a los indios con placer, diga lo que diga el señor Sarmiento.

Pero de los veinte hijos que Don León Ortiz de Rozas le hizo a Doña Agustina López de Osornio, diez murieron. Yo sobreviví. Digo que diez hijos le quedaron vivos a Don León y a Doña Agustina. Siete mujeres y tres varones. Yo soy el primero de los tres varones.

Doña Agustina decía, el látigo en una mano, a los diez hijos que dejó con vida:

Obedecerán a Dios, a su tata y a mí.

Doña Agustina López de Osornio me decía:

Usted, señor Don Juan Manuel, échese ahí… Ahí, sí… Quiero verlo ahí, señor Don Juan Manuel, con el trasero al aire.

Yo, callado, me hincaba al borde de la cama de mis padres —esa cama donde Don León, que ponía, despacio, una suave sonrisa en su cara de bebote, le llenó la panza, veinte veces, a Doña Agustina—, e hincado abría los brazos en cruz, sobre el colchón, y ella, Doña Agustina, me bajaba cinco azotes en el trasero con su rebenque, látigo o llámese como se quiera al cuero que yo escuchaba silbar en la penumbra que invadía el dormitorio de padre y madre y, antes de que yo terminara de escuchar el rasguido del cuero en esa penumbra en la que se desvanecían techo, paredes y muebles del dormitorio de padre y madre, el cuero caía sobre mis nalgas, y abría unos surcos rojos

en mis nalgas, y yo respingaba, y el cuero volvía a caer, y dolía. Días dolían los azotes, y de noche dolían.

Doña Agustina, jadeante, me preguntaba:

¿Quién soy yo?

La Virgen María.

¿Y usted?

El Papa.

No cambiamos, con Doña Agustina, otras palabras que ésas, mientras Doña Agustina gozó del permiso de la ley para azotarme.

Ella, Doña Agustina, mientras gozó del permiso de la ley para azotarme, me acariciaba las nalgas con el talero, rebenque, látigo, o llámese como se quiera llamar a lo que silbaba en la penumbra del dormitorio de mis padres, y yo, en el dormitorio de mis padres, boca abajo en la cama de mis padres, olía el perfume de las cremas de belleza de Doña Agustina, la del culo que sólo Dios pudo dibujar, y orinaba en la cama de mis padres.

Oriné en la cama de Don León y de Doña Agustina todas las veces que la dama del bello culo surcó mis nalgas con su látigo, rebenque, talero, o lo que fuese que silbara en el silencio y la penumbra de ese dormitorio donde yo respiraba los olores de las cremas con las que la señora Osornio se untaba el cuello, las mejillas, el mentón, la frente, los pechos, las manos, el vientre, las piernas.

Doña Agustina, cuando yo le orinaba la cama, solía encerrarme en una pieza fría, sin ventanas y sin muebles, de dos metros por dos, que usaba para recluir a sus esclavas, si ella suponía que la desobedecían, y las aterrorizaba, en esa pieza, con los poderes del Diablo, con rezos interminables, con su fusta lloviéndoles sobre espaldas y tetas.

Una mañana abandoné la casa de Don León Ortiz de Rozas, mi padre. Mi madre, Doña Agustina López de Osornio, antes de que yo montara a caballo y abandonara, para siempre, la casa de Don León Ortiz de Rozas, me pidió el cuchillo que llevaba en la cintura.

Mi madre era bella. Mi madre era una bella mujer. Era tan bella como su culo. Y mi madre, que era una bellísima mujer, cortó, con el cuchillo, su larga, sedosa trenza. Y me devolvió el cuchillo, y me dio la larga, sedosa trenza.

Tengo aquí, en mi *farm* del condado de Swanthling, su larga, sedosa trenza.

Desde hoy —dije—, soy mi único dueño.

Desde hoy —dije—, soy Rosas, no su hijo Rozas.

Dije:

No quiero su herencia. Y si me contraría, y me deja herencia, la repartiré entre pobres y necesitados.

Mujer —dijo mi padre, que no sonreía—, no conociste nunca a Rosas. Ahora, mujer, ocúpate de tu marido.

La perra en celo no tiene frío.

La perra en celo no tiene hambre.

La perra en celo tiene miedo.

¿De quién son esos pasos en la nieve?

¿Quién busca mi puerta?

El doctor Bradley me dijo: Camine, general Rosas. Caminar ayuda a la circulación de la sangre, a la irrigación del cerebro.

Camino alrededor del brasero.

No lloro.

Carbón para el brasero.

Cenizas en el brasero.

Camino alrededor del brasero.

Nieva, afuera, en el silencio.

Nadie, afuera, en el silencio.

Y yo camino alrededor del brasero. Y miro cómo llega el carbón al brasero. Y miro cómo llega la noche.

Soy Rosas.

¿Qué sentían las mujeres y los hombres y los adolescentes, porque hubo adolescentes, que Santa Coloma, Silverio Badía, Ciríaco Cuitiño, Vicente González *Carancho del Monte,* Leandro Alen, Salomón, iban a faenar con sus curvos sables afilados?

¿Cómo se aguantaban, en los calabozos, las horas previas al faenamiento?

¿Veían al tiempo deslizarse como aire, como nube, como polvo en el viento?

¿Tenían sed?

¿Qué les subía a la boca? ¿Qué preguntas?

¿Enloquecían?

¿Desconocían, locos, al hijo, a la madre, la vida que vivieron?

¿Veían, como vi yo, sentado en mi despacho de Palermo, dieciocho horas del día sentado en mi despacho de Palermo, entrarles el cuchillo curvo en la carne del cuello, debajo de la nuca, manejados, los cuchillos curvos, por cuchilleros duchos en faenar reses, en hundirles, a las reses, los cuchillos curvos en la garganta, y esquivar, con un cigarro en la boca, los corcovos de las reses, y escucharlas balar y mugir como si se partiera el cielo?

¿Es verdad que mujeres, hombres, viejos, adolescentes, que los hubo, cagaban sus calzones, cuando les entraba el filo curvo de los cuchillos en la carne del cuello, debajo de la nuca?

¿Y no fue Manuelita la que preguntó, una de esas tardes que yo dedicaba a alternar con Badía, Alen, Santa Coloma, Cuitiño y Salomón, si los que eran faenados —mujeres, hombres, viejos y chicos, que los había—, se redimían de sus pecados antes de que los faenaran?

Badía, elegante como un *dandy,* le contestó, a Manuelita, con esa voz clara y como adormilada que supo tener, aún en la muerte, que los que iban a ser faenados no se acordaban de sus deberes católicos.

A los subversivos, digo yo, métanles miedo en el alma. Cápenlos.

Berrean, mi brigadier general, cuando les entra la *refalosa,* comenta Salomón, respetuoso.

Eso, mi brigadier general. Berrean.

No me consta.

Yo, que los escucho desde lo alto de mi cara, desde esta máscara que calza mi cara, digo, grave, afable, exigente:

Usted, mi coronel Santa Coloma, exagera. Degollé indios en el sur, y los indios bramaban, las piernas duras y el cuerpo duro como el acero.

Indios, mi brigadier general, no cristianos, no cristianos bautizados por la iglesia de Dios, con perdón de la señorita Doña Manuelita.

Le asiste razón, Santa Coloma.

¿Cómo es, señores, cuando se tira, a los ríos, amarrados dentro de una bolsa, a los subversivos?

¿Cómo es cuando se los capa?

¿Cómo es, señores, cuando se les corta la lengua?

¿Cómo es cuando se les rebana, limpita, la piel del lomo, del pecho, del cráneo?

Hace el mal sin pasión, escribió de mí, el señor Sarmiento. Acepto eso. Y lo acepto porque soy argentino, y porque los argentinos, unitarios y federales, y eso ya se dijo, somos puros cristianos.

Y el señor Sarmiento, que es argentino, escribió, desde el silencio de un escritorio:

Derrame sangre de gauchos, que es barata.

Que se escriba qué diferencia al general Rosas del señor Sarmiento.

Un paisano detrás de otro desmonta, día a día, en este otoño de 1851, a la puerta de mi despacho, en Palermo, y me comunica, la boca seca, la barba crecida, el polvo de los caminos

blanqueándole la cara y la barba crecida, el caballo vencido por un galope que no conoció respiro, que el gaucho Urquiza se levantó contra el gobierno de la Confederación Argentina. Que se levantó contra mí, que es lo mismo.

El gaucho Urquiza sublevó Entre Ríos contra mí. Y los paisanos de Entre Ríos no le fallarán al gaucho Urquiza.

Es dueño, el gaucho Urquiza, de las mejores tierras de Entre Ríos, de las mejores pasturas, de los mejores frutales, de las hembras mejor puestas de Entre Ríos. Siembra trigo, el gaucho Urquiza. Y pobló Entre Ríos con su verga.

El gaucho Urquiza es dueño de tres mil caballos y ochenta mil ovejas, y cuarenta mil vacas. El gaucho Urquiza controla quince o veinte saladeros. Exporta carne, y protege la industria de los entrerrianos. Y sus estancieros, y las mujeres de sus estancieros, visten a la europea. Sus putas son europeas.

El gaucho Urquiza da de comer a Entre Ríos. Y ganó, para mí, las batallas de *India Muerta, Laguna Limpia y Vences,* a punta de coraje, de un coraje como no se conoció otro igual en la historia de nuestra guerra civil.

Yo ordeno que alimenten a los paisanos, y a sus caballos, que galoparon en estas noches crueles de otoño para avisarme que Urquiza, el salvaje, levantó a su gente contra mí. Y firmó, con los macacos del Brasil, alianzas contra mí que avergonzarían hasta a un mal nacido.

Reúno a mis generales; estancieros, también, mis generales. Y reunidos, los veo viejos, y fatigados, y algunos de mis generales dicen, sentados a mi mesa, sin mirarme a los ojos, que la población y el paisanaje están hartos de desangrarse en guerras que, de pronto, han dejado de entender.

¿Es necesario que las entiendan?, pregunto a mis generales, que no osan mirarme a los ojos.

¿No dijo, acaso, el señor Sarmiento que Urquiza, el salvaje, es *un pobre paisano sin educación?,* pregunto a mis generales. ¿No es Urquiza un paisano como nuestros paisanos?, pregunto a mis generales.

Urquiza es rico, señor, dicen mis generales. Si va a morir, sabe por qué va a morir. Nuestros paisanos, señor, dicen mis generales, son pobres.

Yo digo a mis generales que, quienes me quieran bien, estarán a mi lado, cuando salga a escarmentar al gaucho Urquiza. Degollaré a los que me abandonen. Y miro a mis generales, que no me miran.

Y miro a mi general Ángel Pacheco, y mi general Ángel Pacheco se retuerce las guías de su bigote, y me sonríe. Conozco esa sonrisa taimada: es la del estanciero, que se toma su tiempo para contestar, cuando escucha una oferta cargada de los desamparos de una urgencia inútil.

Trazo, en los suelos secos de mis cuarteles, el plan que derrotará al gaucho Urquiza. Los generales, que me rodean, miran las líneas que tracé en el suelo seco de mis cuarteles, y montan a caballo.

Mis ordenanzas traen mate. Mis generales toman mate, y miran, montados en sus caballos, las líneas que trazo en el suelo seco de mis cuarteles, con el cabo de un látigo, y que es el plan, digo, que acabará con las ínfulas y las supercherías del gaucho Urquiza.

Digo: Usted, mi general Pacheco, al centro. Y mi general Pacheco talonea su caballo, y los quinientos hombres de su escolta toman rumbo al río Las Conchas, y lo cruzan en busca de

los campos de *El Talar de López,* la estancia de Don Ángel Pacheco, y de los asados, el vino y la vida que los recibirán en la pródiga estancia de Don Ángel Pacheco.

Digo: Usted, mi coronel Lagos, que le puso cara al general Pacheco, cubra los huecos que deje mi general Pacheco, y déle pelea al gaucho Urquiza, y cuelgue a los macacos brasileros de cuanto árbol encuentre a su paso.

Digo: Usted, coronel Chilavert, que es fiel a su palabra de hombre y de soldado, que es unitario y no teme morir, hágase cargo de la artillería, y no le escatime bala al gaucho Urquiza.

Y digo esto, y me quedo solo, y miro la espalda de mis ejércitos que marchan hacia la mañana que los espera en los campos de Caseros.

Y, cuando me quedo solo, una punzada en el vientre me dobla en dos. Mando llamar a un gallego, que fue enfermero en las guerras africanas de España, y que entró a mi servicio, en Palermo, recomendado por Manuelita, y el gallego me palpa la panza, y mueve la cabeza, y dice que la cosa no le gusta nada, pero nada, y dice que me acueste.

Me acuesto, y el gallego dice que me va a auscultar, y yo suelto la risa.

De qué se ríe, mi señor Rosas, pregunta el gallego, que huele a ajo, a vino, y que es petiso y es morrudo.

De eso que dijiste, gallego: que me vas a auscultar.

¿Permite el señor Rosas usar unas palabras, vamos, poco decentes?

Hable, gallego.

Usted, señor, tiene el culo de un jovencito, pero está estreñido… Las guerras estriñen a más de uno, señor.

Aja… ¿Entonces?

El colon está obstruido, mi señor Rosas.

Aja.

Lo que veo, señor, es una sustancia parecida al yeso.

Siga, gallego.

Aconsejo, mi señor Rosas, una lavativa de agua tibia y aceite.

Traeme a Manuelita.

Sé quién camina en la nieve.

Yo, de pie, tomo mate.

Consigna del general Rosas a la población:

La patria no es el hogar de la casualidad.

Diez mil jinetes caen sobre mis ejércitos, en los campos de Caseros. Entrerrianos, los jinetes. Y entrerriano Urquiza, su jefe.

Son, a la luz de la clara mañana de febrero, como un interminable temblor de sangre, acero y rabia que sacude la tierra, disuelve las formaciones de mis ejércitos, y los deshace,

los machuca, los arrasa, y les instala, en los huesos, los espasmos de la horca y el degüello.

Doy un tirón de riendas a *Victoria,* y tomo el camino que lleva a Buenos Aires.

Miro al lobo.

El lobo me mira, plantado en la nieve, gris y joven, y los ojos le brillan en la tarde que se aleja.

Tomo mate, de pie, en mi rancho, en el calor de mi rancho, protegido del frío y la nieve por paredes de madera y piedra, por los vidrios de la ventana, por el carbón que echo al brasero.

Miro las pisadas del lobo en la nieve, su pelambre, los colmillos que le centellean en la boca roja y furiosa.

¿Sabe el lobo de su orfandad, allí, afuera?

Voy en busca de mi escopeta.

Lord Palmerston murió.

Yo estoy vivo.

Hablarán de mí, en su tierra, lord Palmerston, como nunca se habló de otro hombre en la historia de las naciones.

Yo soy como una novela de ese Shakespeare que, usted me lo dijo, fundó el idioma inglés.

Yo quedo.

Lord Palmerston es un nombre en un manual para chicos de escuela primaria, que los chicos aprenderán un día, y olvidarán al siguiente.

Yo quedo.



Patria, no te olvides de mí.

Nieva.
Hiela.
El día se fue.
Miro a Rosas.
Es triste todo.